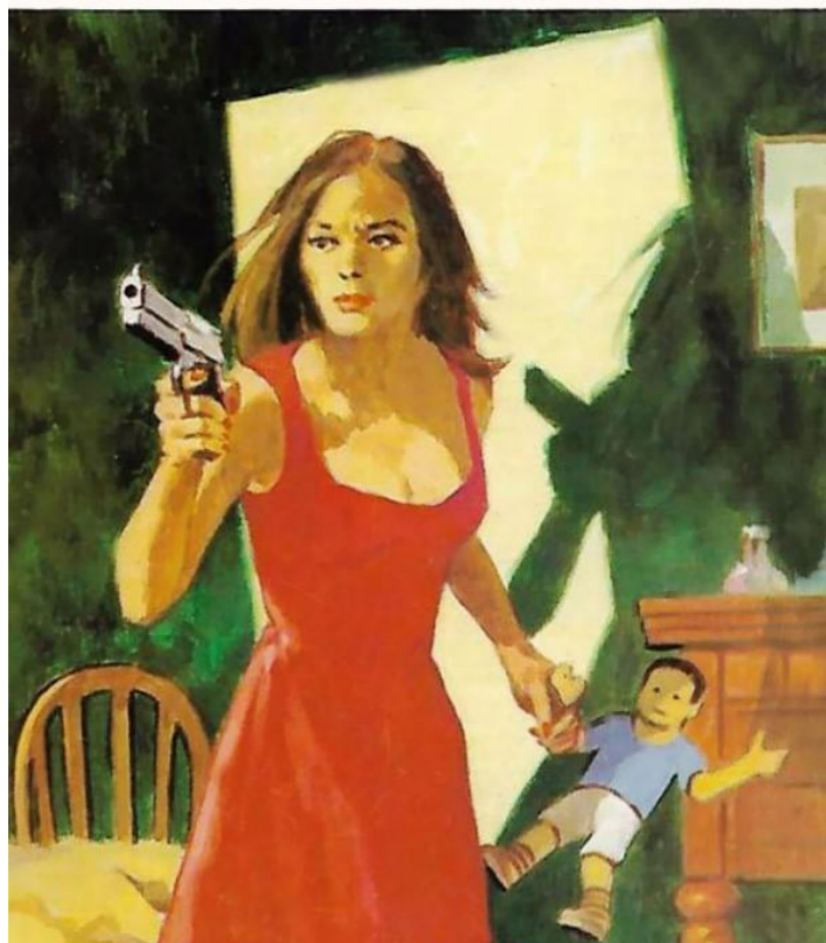


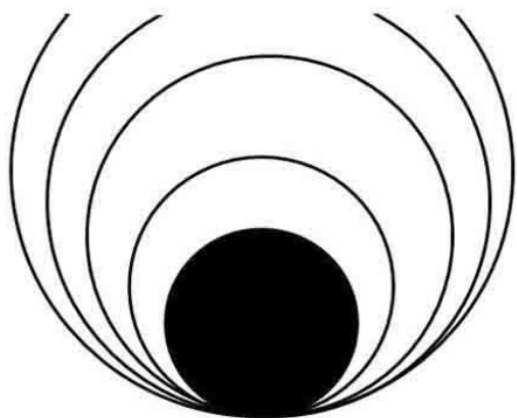
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

**TE ODO,
TE ODO..**

Ralph Barby





PUNTO ROJO



RALPH BARBY

**TE ODIO,
TE ODIO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.025
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 32.388 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1981

© Ralph Barby - 1981

texto

© Martín - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1981

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

838 — La Sarga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — Colt a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

158 — Chantaje entre tiburones.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.337 — Sólo escapó uno.

En Colección PUNTO ROJO.

1.016 — Pescado en la bahía.

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 — La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un Colt.

CAPÍTULO PRIMERO

La condesa de Blue Mount era alta, hermosa. Había pasado de los treinta y se la podía considerar una de las mujeres más elegantes del Boulevard des Capucines, donde ella prefería residir.

Todo parecía espléndido para la condesa Blue Mount hasta que, al apearse de su RollsRoyce blanco ante la *boutique* Camellies, surgió ante ella un individuo bajo, delgado, con el rostro desfigurado por unos enormes colmillos y unas gafas grandes y oscuras que le dijo:

—Condesa, salude de mi parte a Popea. A lo mejor, dentro de un par de años me las encuentro a las dos.

—¡Ah! —gritó la elegante aristócrata casi al borde de un desmayo, asustada especialmente por la gran pistola que la apuntaba con un silenciador de por medio.

—Es una película —comentó alguien cerca.

Un cameraman aficionado tomó imágenes mientras comenzaban a sonar los taponazos.

La condesa sintió que sus rodillas se doblaban y se desplomó siempre con elegancia, mucha elegancia, la ocasión no era para menos: aquélla era su última representación.

Cuatro balas se metieron en su pecho, manchando de rojo su vestido mientras su chófer chino se encogía sobre sí mismo dentro del Rolls Royce.

La cámara del aficionado quedó con el objetivo hecho pedazos o mejor podía decirse que había desaparecido y la película quedó impresionada por puro plomo candente.

Nadie osó decir nada, nadie gritó. No sabían si se hallaban ante un terrorista político o ante una *vendetta*.

Un joven que se tiró al suelo se preguntó: «¿Tomará drogas?».

El desagradable sujeto que no se había olvidado de dar recuerdos a Satanás, al que seguramente tendría el gusto de saludar

personalmente al transcurrir del tiempo, saltó sobre un velomotor que se puso en marcha con tanta rapidez que sus fabricantes se hubieran sorprendido de ello.

Aquel hombre parecía saber muy bien lo que se llevaba entre manos y en medio del caos circulatorio, comenzó a circular en contra dirección por entre los coches, sonriendo y mostrando sus enormes colmillos.

El asesino tuvo que escuchar algunas flores verbales dedicadas a su madre y antes de que algún gendarme le tocara el pito, dobló por la rué Laffitte, alejándose.

Tres cuabras más abajo, se detuvo, estacionando el velomotor.

Se le acercó entonces un automóvil rojo. No era grande ni llamativo, era un vehículo más en el gran París, un coche de los que se lavaban cuando llovía y cuyo techo utilizaban los estorninos como retrete callejero.

—Buen trabajo, Ber.

—Siempre trabajo bien —respondió, sonriente.

Se abrió la portezuela posterior.

—Anda, sube.

Se acercó a la portezuela y se encontró frente al cañón de una Marietta.

—Buen viaje al infierno, Ber —le dijo el tipo que se hallaba sentado en el asiento posterior, con una sonrisa maligna en su boca y con las cejas casi cubiertas por el ala del sombrero.

El conductor elevó el volumen de la cassette que estaba sonando; era música vibrante, de mucha, percusión.

—Hijos de perra —escupió Ber entre sus enormes colmillos.

Los plomos de la Marietta empujaron a Ber hacia atrás.

Lin boquete por el que cabía un puño se abrió en su abdomen y ya no era objeto taparlo con las manos para evitar que saliera la sangre; por allí se escapaban hasta las tripas. Ber quedó primero sentado en el bordillo. Al caer luego hacia atrás, con la cabeza volcó el velomotor y en esta caída se le fueron la peluca y las gafas.

El coche rojo se alejó, apestando a pólvora quemada. La metralleta fue escondida rápidamente bajo el asiento posterior.

—¿Hacía falta emplomarlo?

—Sí. Ahora, la policía ya tiene al asesino de la condesa —dijo el que estaba atrás. Se rascó la comisura del ojo izquierdo, le picaba.

—Ahora buscarán al asesino de Ber.

—La policía siempre busca algo, para eso se les paga.
Recuérdame que en las próximas elecciones vote verde.

—¿Por qué verde?

—Los árboles de París me parecen tristes.

—Es que estamos en invierno, jefe.

—¿Ah, sí? Entonces, esperaré a la primavera para tomar mi decisión.

—¿Le llevo al «Aeropuerto»?

—Sí, tomaremos un trago.

El chófer conducía con tranquilidad; no tenía prisa, no llamaba la atención.

—Ber era un tipo muy efectivo.

—Lo admito, pero ya estaba muy fichado. Le gustaba alardear, hacerse ver. No podía olvidar que había sido actor de teatro. Sólo le faltaba exigir el aplauso de los espectadores después de cargarse al alguien.

—¿Lo buscaban?

—Exacto, ésa es la clave y no podía decírselo a Ber, era como anunciarle su sentencia de muerte. Por un confidente supe que la policía iba a echarle el guante y entonces hubiera hablado por los codos interpretando a Hamlet o algo por el estilo.

—Prefería recitar a Otelio.

—Comprenderás que no podía explicarle que la ejecución de la condesa Blue Mount iba a ser su último trabajo.

—¿Qué dirá ahora el Foreign Office?

—«Busquen al asesino».

El chófer se rió antes de decir:

—Y la policía judicial de París les responderá: «El asesino está en la morgue».

—Entonces, pedirá que busquen al asesino del asesino —dijo Roland, el hombre que había apretado el gatillo de la «Marietta».

Se metieron en un *parking* privado. Las columnas de acero dificultaron la maniobra de estacionamiento.

—Si estropeas el coche —advirtió Roland entre dientes, después de oír un golpe metálico— vas a tener que robar otro.

—¿Y las placas?

—Le pones las de éste.

—Pues me parece que robaré otro, jefe, a éste ya hay que cambiarle el aceite.

—No te fastidia. Bueno, si coges otro coche pégale fuego a éste, no han de quedar huellas digitales por ninguna parte.

—Sí, jefe, por ninguna parte.

—Ah, y que el próximo tenga las suspensiones mejor.

—Sí, jefe, ahora hay donde escoger.

Roland se apeó del automóvil.

Era un hombre alto, corpulento, que solía aplastar su sombrero contra el dintel al salir por las portezuelas de los coches.

Tosió, había muchos vehículos estacionados allí.

El club nocturno se llamaba «Aeropuerto». Estaba vacío y los coches pertenecían a los empleados de las oficinas próximas que al salir de ellas dejarían espacio libre para los que buscaban diversión en los locales nocturnos.

Las sillas estaban patas arriba y sobre las mesas. El suelo se veía limpio y los extractores funcionaban renovando el aire.

En el escenario, apoyada por una música enlatada, una mujer danzaba sensualmente embutida en un *maillot*.

—Muy bien, Geraldine.

—Hola, Roland.

La chica saltó del escenario, dio unos pases de caderas y terminó en los brazos del asesino.

—Querida, cada día estás más vieja.

—Oh, cielos, cuánta verdad sale de tu boca, pero ¿se me nota?

—¿Tú crees que yo a ti, precisamente a ti, te mentiría?

—Déjate de puñetas y dime qué me has comprado.

—Una entrada para el fútbol —le dijo, sacando de su bolsillo una entrada que era en colores amarillos y naranjas.

—No será verdad...

—Ya te he dicho que no te miento, querida. —Se rió levemente.

—No me gusta el fútbol. Creí que me traerías algo especial para recordar la noche pasada.

—Querida, no suelo vivir de recuerdos. Si hago un esfuerzo te diré que estuviste muy rica, pero no eres excepcional.

—¿Ah, no? —Se volvió hacia él desafiante, poniendo sus brazos en jarras.

—No, querida; tú eres superiormente excepcional.

—¡Siempre burlándote de tu pequeña! Deja que, busque en tus bolsillos, seguro que encontraré algo.

—Si profundizas demasiado en los bolsillos vas a encontrar los cántaros que vaciaste ayer. Además, ya he dicho que te he comprado una entrada para el fútbol.

—¿Y qué voy a ver allí de interesante?

—Veintidós tíos en pantalón corto.

—Si por lo menos no lo llevaran...

—Admito que sería más divertido, pero entonces habría demasiadas pelotas en el campo. Anda, sírreme un trago y te explicaré lo que debes hacer en el campo de fútbol, vas a actuar de contacto.

—No me gusta. ¿Y si me coge la policía?

—No temas, querida, será una operación fácil. Habrá mucha gente y como premio te regalaré alguna chuchería de la joyería Cartier.

—Magnífico, magnífico, pero antes quiero saber de qué va el negocio.

—Querida, no hagas demasiadas preguntas y así siempre podrás alegar ignorancia y engaño y dolo como dicen los picapleitos en su jerga.

—¿Y si no me interesa?

—Pues coges tus trapitos y te largas de aquí. Chicas como tú las puedo encontrar cuándo y cuántas quiera. ¿De acuerdo?

Ella quedó un instante tensa al ver aquella sonrisa maligna que Roland utilizaba antes de aplastar a sus víctimas. Sonrió casi con tristeza.

—Lo que tú mandes, Roland. Siempre tienes razón, y si no la tienes, tu querida, tu placer viviente, te la da lo mismo.

—Pues estira tus orejitas y empieza a escuchar...

CAPÍTULO II

Geraldine llegó tarde al partido de fútbol internacional en el que la selección francesa se enfrentaba a la italiana.

El Parc des Princes estaba lleno al completo.

Había banderolas en abundancia, especialmente galas, pero no faltaba un buen puñado de aficionados italianos.

El público seguía las jugadas con interés y vehemencia. Había gritos, suspiros, insultos, mientras Geraldine descendía por las escaleras de hormigón.

Vestía unos pantalones de color fucsia muy ajustados y un chaquetón de piel de zorro rojo. Cubría parte de su cabeza con un gorrito de lana con los colores rojo, blanco y azul.

—La cuarta silla, la que está vacía.

—Gracias.

Soltó unos francos en la mano del empleado y se introdujo en la fila.

Algunos espectadores protestaron y Geraldine notó la mano de uno de ellos, más osado, filtrándose entre sus piernas. Siguió adelante y se dejó caer en su asiento suspirando, sin buscar con la mirada al que la había manoseado.

Quedó acomodada junto a un hombre de mediana estatura, bien trajeado y con la cara congestionada como si acabara de beber cinco litros de puro Burdeos.

Gesticulaba, babeaba y tenía ya la voz tan ronca que no se le entendía lo que decía. A su derecha había un hombre relativamente joven que llevaba cazadora de cuero, un sombrero de cartón con los colores de la bandera francesa, pantalones tejanos y entre sus manos enguantadas sostenía un muñeco de trapo representando a un futbolista de la selección francesa. De vez en cuando, lo agitaba en el aire.

—¿Quién gana?

El hombre del muñeco de trapo la miró y parpadeó, incrédulo.

—Nadie.

—¿Ah, nadie? ¿Y cuándo se acaba?

—¿El qué?

—El partido.

—Si sólo hace quince minutos que ha empezado.

—Ah, sí, claro. ¿Y puede decirme cuánto dura?

—¿El qué?

—Pues el partido, claro.

El hombre carraspeó como si de golpe hubiera tragado un poco de aguarrás. Luego, ante la sorpresa de Geraldine, brincó en el aire poniéndose de pie.

La mujer se sintió como hundida en una especie de pozo porque todos los hombres se pusieron bruscamente de pie y ella seguía sentada. Los oía rugir y vociferar. Al final se calmaron y volvieron a sentarse.

Ella trató de sonreír.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo has visto? —se asombró el hombre del muñeco.

—¿El qué?

—¡Le han hecho *penalty*, *penalty*!

—Ya, *penalty*. ¿Y eso es bueno?

—El árbitro está vendido, lo lincharemos a la salida. Es un bastardo, sólo hay que verlo. Geraldine intentó mirar por encima del gorro de papel que llevaba encasquetado el hombre que había en el asiento de delante.

Se encogió de hombros. Veía la pelota blanca con manchas negras que iba de un lado a otro por encima del bien cuidado césped mientras los veintitrés hombres no la perdían de vista.

—A mí me parece que el que va a perder es el que va de negro —dijo al fin Geraldine, con mucha suficiencia.

EL hombre del rostro congestionado que tenía a su izquierda gruñó:

—Pero ¿qué dice?

—Pues que perderá el que va de negro, él está solo y los otros son más.

Aquel individuo pasó del color rojo al amarillo cuando...

—¡Goooooooooool!

Todos se pusieron en pie y el hombre del rostro colérico se subió encima de su silla, pero los de atrás le aplastaron el gorrito de una palmada. Se bajó del asiento y se puso a sollozar.

—Pero ¿qué le pasa? —le preguntó Geraldine—. ¿Por qué no grita como los otros?

—Me lo he perdido, me lo he perdido...

—¿El qué? —preguntó la chica mientras el sujeto que estaba a su derecha agitaba el muñeco de trapo.

—El gol.

—Qué susto, creí que sería su padre o su hijo.

—Tendré que verlo en la moviola y todo, por su culpa.

Geraldine se echó hacia atrás.

—No se ponga así conmigo, yo no le he hecho nada.

—¿Nada? Dígame, ¿por qué ha venido aquí, por qué?

—¡Gooooooooo!

Otra vez todos en pie gritando, aplaudiendo, rugiendo.

—¿Lo ve? Ya ha habido otro, esto es como buscar pantalones unisex en un almacén, hay los que quiera —opinó la muchacha.

Desgraciadamente para el hincha del rostro enrojecido no hubo más goles en el partido, un partido que a Geraldine se le hizo eterno.

—Pero ¿qué es lo que tienen que hacer con la pelota?

—¿Quién, quién? —Gruñía por lo bajo el sujeto del rostro congestionado mientras desmenuzaba su sombrero de papel convirtiéndolo prácticamente en confetti.

Trató luego de fumarse un paquete de clínex y se puso un cigarrillo en la nariz. —Eh, guapa, ¿quieres una cerveza?— preguntó el tipo que tenía delante.

—Bueno.

Aquel hombre agitó el bote, lo inclinó, tiró de la anilla y el chorro de cerveza salió disparado contra Geraldine. Pero ésta, como si lo hubiera intuido, se ladeó y el que estaba detrás de ella se quedó con los pantalones mojados.

—¡Mierda! —Escupió.

—Eh, disculpa, era una chorrada para la señorita.

—Oye, parece que te has meado —se rió otro.

—Yo me voy, yo me voy —mascullaba el hombre del rostro congestionado.

—¡Hemos ganado, hemos ganado! —gritaba ti joven de la cazadora subiéndose sobre el asiento.

Cogió a Geraldine y la besó en la boca, de forma tan rápida y sorpresiva que ella no tuvo tiempo de sacárselo de encima.

—¡Bruto!

—Toma, mi muñeco es para ti.

—Yo no quiero el muñeco —replicó ella.

De pronto, en la mente de Geraldine sonó una especie de alarma y recordó las palabras de Roland. «Si alguien te da algo, no digas nada, cógelo y me lo traes. ¿Comprendido?».

—Te lo doy de todo corazón, es mi muñeco. ¿Y qué hay en el mundo que un hombre aprecie más que su muñeco?

Antes de que pudiera decir nada, la mujer vio cómo el joven de la cazadora se alejaba por encima de las sillas, disolviéndose entre la gente.

—Oye, preciosa, tengo dos horas libres, mil francos y un Dyane. ¿Te hace?

—¿El qué?

—No te hagas la tonta, mil francos por dos horas. Bueno por una hora, pero es que entre buscar el coche y luego salir...

—Vete a la porra.

—No te fastidia, ahora se hace la estrecha.

Geraldine se sintió perdida entre aquella marea humana que comentaba las incidencias del encuentro.

Pese a llevar tacones altos, no alcanzaba a ver por encima de las cabezas de los hombres que la envolvían...

Era de noche, las potentes luces iluminaban la salida, pero ella, que desconocía el recinto, no tenía puntos de referencia por los cuales guiarse.

Había llegado en un taxi, pero ahora no había taxis por parte alguna y La circulación resultaba un verdadero caos. Geraldine comenzó a sentirse impotente hasta que...

—Ven, que te llevo —le dijo una voz que le agradó.

La portezuela del coche estaba abierta y se metió dentro. Era su tabla de salvación. El automóvil empezó a rodar.

—¿Has venido sola?

Geraldine miró al hombre. Era muy bien parecido, con el gesto algo duro, mandíbula fuerte y mirada un tanto cínica.

—Oye, ¿a ti no te conozco?

—Toma cigarrillos —le ofreció, entregándole una cajetilla.

Geraldine la miró por todos lados. Sacó un pitillo, le prendió fuego con el encendedor del coche y se guardó la cajetilla en el bolso.

—¿Eres amigo de Roland?

—¿Tú qué crees?

La chica exhaló una bocanada de humo. Era un largo suspiro; se sentía más cansada que después de una larga actuación en el escenario.

—No volveré nunca más a ver un partido de fútbol.

—¿De veras?

—Creí que nos encontraríamos dentro del campo.

—¿Ah, sí?

—Roland no fue muy claro. Podía haberme dicho que nos encontraríamos a la salida y me hubiese ahorrado el partido.

—¿Adónde quieres que te lleve?

—Al «Aeropuerto».

—¿Orly?

—No te hagas el gracioso, al club.

—Vengo de lejos y yo a Roland no lo he visto nunca en el «Aeropuerto».

—¿Ah, no? ¿Y dónde le veías?

—Pregúntaselo a él —dijo aquel desconocido, sonriendo.

—Si se lo pregunto a él no me dirá nada. Por cierto, ¿en qué negocio andabais metidos esta vez?

—Que te lo explique Roland.

—Ya te he dicho que él no suelta prenda.

—Si no te lo dice Roland, ¿por qué iba a decírtelo yo?

—Está bien, está bien —bufó— lo malo es que a mí me ponéis en situación muy delicada. Si me atrapara ahora la policía, ¿de qué podría acusarme? Dímelo, ¿de qué?

—Pregúntaselo a Roland.

—Cualquier día me veré envuelta en un lío gordo y me va a enviar a la cárcel para lo que me quede de vida. No me va a gustar nada, absolutamente nada.

—A mí tampoco me gustaría que me encerrasen en la cárcel.

—Entonces, ¿por qué te metes en el negocio?

El hombre se encogió de hombros.

—Nunca se sabe bien cómo se empieza, lo que sí se sabe es que acabas metido en la mierda hasta el cuello.

—Eso es verdad. —Le miró mitad de reojo, mitad de frente, lo estaba inspeccionando—. Estás mejor, mucho mejor que Roland.

—Gracias.

—Si no se lo cuentas a Roland, será un placer acompañarte adonde me pidas.

—¿A la cama, por ejemplo?

—En invierno es el mejor sitio. En verano está la playa, la hierba bien cuidada, hay muchos lugares para gozar del amor.

—¿Eres una experta?

—Una experta, sí, pero una zorra, no.

—¿Eres la amante de Roland?

—¿Te molestaría?

—No, ¿por qué?

—Bueno, hay hombres que son muy exclusivistas, una cerradura para una sola llave.

Según ellos, otra llave estropea la cerradura.

—Tienes desparpajo. ¿Qué otros trabajos has hecho para Roland?

—Algo de «camello».

—¿Drogas?

—Sólo blandas, pero en una ocasión creía que llevaba aceite de haschish y resultó que en el paquete había «caballo», ya sabes, droga dura. Me puse mala.

—¿Por sobredosis?

—No, pensando en lo que había hecho. Por el trabajo me regalaron un brazalete, pero las esmeraldas resultaron falsas. Roland dijo que no lo sabía y que ya se cargaría al tipo que se las vendió.

—¿Y se lo cargó?

—No lo sé, no vi su cadáver, pero Roland es muy capaz de cumplir su palabra. Es muy duro, ya le conoces.

—¿A cuántos crees que se ha cargado?

—¿Quién, Roland?

—Sí, claro.

—No lo sé y prefiero no saberlo, podrían acusarme de

complicidad.

—Haces bien —le dijo el agradable y duro desconocido.

—Roland es muy codicioso, aspira a muy alto y terminará en una tumba.

—Como todos.

—Pero él no morirá de muerte natural.

—Si consigue mucho dinero y poder, él quedará al margen y serán otros los que den la cara por él.

—Sí, como siempre. Los soldados rasos a primera fila y los generales, a la cama.

—Oye, ¿por dónde vamos al «Aeropuerto»?

—¿De veras no sabes dónde está?

—No, siempre hablamos por teléfono y la última vez nos vimos en Marsella.

—Mira, ve a buscar el Boulevard des Italiens y luego ya te seguiré indicando.

Cuando llegaron frente al club, el desconocido detuvo el coche y le dijo:

—Saluda a Roland de mi parte, dile que estaré al acecho.

—De acuerdo.

Le cogió por el cuello y le dio un profundo beso en la boca que el hombre aceptó.

Después, Geraldine preguntó:

—¿Te ha molestado?

—No, ¿por qué? Sabes besar con arte.

—Gracias.

Salió del coche y entró en el club.

Las luces de reclamo se hallaban encendidas y había varias fotografías de tamaño natural en las que se anunciaban unas espectaculares *strippers*. La propia Geraldine aparecía en fotos más pequeñas. No mostraba su desnudez y lo cierto es que resultaba más sugestiva que otras.

Geraldine respondió a los saludos de los empleados.

Llevando el muñeco futbolista en la mano, se filtró por entre unas cortinas.

Subió al despacho desde el cual Roland podía controlar su club mediante seis cámaras de televisión que transmitían en otras tantas pantallas lo que sucedía.

—Hola, Geraldine, te estaba esperando —le dijo, Roland mientras se tomaba un trago de ajenjo.

—El contacto ha sido fabuloso, no ha habido problemas. Toma.

Sobre la mesa le lanzó el paquete de cigarrillos. Roland se lo quedó mirando, perplejo. Tomó el paquete entre sus dedos y lo observó con atención.

Puso la abertura boca abajo y lo sacudió haciendo caer todos los pitillos sobre la mesa. Después, volvió a clavar sus ojos en Geraldine. Era una mirada nada amistosa que asustó a la danzarina del club nocturno.

—¿Es una broma?

—Es lo que me ha dado...

—¿Quién?

—El tipo que me ha recogido en su coche y me ha traído hasta aquí.

—¿Quién te ha traído al club?

—Tu amigo.

—¿Y quién diablos es mi amigo? —inquirió, a punto de convertir sus colmillos y muelas en auténticos y explosivos volcanes en erupción por los que vomitaría fuego y humo.

—No lo sé, ahora recuerdo que no me ha dicho su nombre.

—¿Y él te ha dado el paquete de tabaco?

—Sí.

—Pero ¿eres idiota? Aquí no está lo que quería.

—A mí sólo me han dado el paquete de cigarrillos y este muñeco, pero...

Casi de un zarpazo, Roland le arrebató el muñeco futbolista.

Sacó una afiladísima navaja y desnudó su hoja que reverberó la luz de la lámpara.

—¿Qué vas a hacer?

El hombre cortó con la afilada hoja el tronco del muñeco de trapo como si estuviera manejando un bisturí y él fuera un médico forense iniciando una autopsia.

Del interior del muñeco salieron unas virutas blancas de materia esponjosa y entre ellas apareció una cajita de plástico de unos cuatro centímetros por tres.

—¡Aquí está!

—¿El muñeco?

—¿Quién te lo dio?

—Un chiflado, en el campo de fútbol.

—¿Estaba sentado a tu lado?

—Sí.

—Claro, ése era el contacto, pero había que hacerlo disimuladamente.

—Entonces, ¿el del otro coche...?

CAPÍTULO III

Al entierro de la condesa Blue Mount apenas acudió gente.

El furgón mortuario llevaba tres coronas salidas de la misma floristería y pagadas también por la misma cuenta corriente.

En un automóvil de acompañamiento viajaban su cocinera vietnamita, su chófer chino, la doncella corsa y el novio de ésta que era un italiano empeñado en ponerle la mano entre las piernas mientras la chica sollozaba visiblemente.

En el otro coche viajaban un hombre y una mujer.

El abogado Norton, un británico de aire hermético, usaba gafas con cristales muy brillantes que apenas dejaban ver sus pupilas, pues producían continuos reflejos.

Su boca, ligeramente abierta por su comisura izquierda, le daba un aspecto poco amistoso. Cubría su cabeza con un sombrero hongo impecable e iba vestido muy correctamente.

A su lado se hallaba sentada una mujer de rostro preocupado y aspecto saludable. Poseía elegancia natural y resultaba muy atractiva, sin vulgaridades, era como un plato fino para un buen *gourmet* y no salchichón para tipos acostumbrados a comer con los dedos.

Sobre su regazo llevaba un pequinés de talla inferior a la normal, por lo que el animalito apenas rebasaba los dos kilos. Era de color negro con pechera blanca, contra lo usual de ser color marrón rojizo.

El perrito viajaba compungido y se dejaba pasar la mano por el lomo. De cuando en cuando, lanzaba un quejido que sonaba a triste. Más lejos, otro coche les seguía, pero nadie sabía quién viajaba en él.

La condesa de Blue Mount había dejado muchos francos en el Boulevard des Capucines y muchas libras en Carnaby Street; sin embargo, sus proveedores habían considerado oportuno no acudir

al sepelio.

Con respecto a sus acreedores, éstos ya tenían cita concertada con el abogado Norton, que era el encargado de gestionar los asuntos de la herencia.

La condesa tenía reservada una tumba en Montmartre, comprada de segunda mano a alguien al que no habían ido bien los negocios de la bolsa.

—Lo mejor es invertir en oro —dijo la doncella, muy convencida, haciendo un alto en sus sollozos—. El oro es un valor seguro, la condesa siempre lo decía. En los últimos años ha quintuplicado su valor.

—¿Y cuánto oro tienes en el banco, querida? —le preguntó el novio italiano.

Nadie le había invitado al entierro, pero él había pensado que era una buena ocasión para acompañar a su novia en tan delicados momentos.

—Sólo unas barritas.

—Conque unas barritas, ¿eh, *ragazza*? Ya verás, ya verás la barrita que yo te pongo aquí.

—Ah... ¿qué haces?

—Será de oro, con un brillante en la punta.

Los empleados del cementerio clavaron sus ojos profesionales en Norton. Tenía cara de ser el pagano y, por tanto, sería él quien soltara las propinas. Faltó poco para que uno le cepillara los pantalones, pero el pequinés se incomodó y comenzó a ladrar con su voz aguda.

—Este lugar huele a cadáver —se quejó Norton muy sofisticadamente mientras eran descolgadas las coronas y el féretro se preparaba para ser hundido en la tierra.

—Es un momento triste —musitó Penèlope al ver descender el ataúd al fondo de la fosa.

Norton opinó:

—Cuanto antes termine, mejor.

Los que fueran servidores de la condesa Blue Mount permanecían muy circunspectos mirando como los sepultureros llevaban a cabo su labor.

El novio de la doncella, cambiada la posición, se empleaba ahora en acariciar las redondas nalgas de la chica que seguía

sollozando.

No lejos, junto al tronco de un altísimo ciprés, un hombre también alto pero no tanto como el árbol, observaba a través de sus gafas oscuras. Era joven y bien parecido, llevaba una barba recortada y tenía cierto aire de intelectual.

—No conoceremos el valor total de la herencia hasta que el juez autorice la apertura de la caja privada del Banco.

Penèlope no respondió, no parecía muy interesada en lo que el abogado le contaba, pero los servidores sí estaban con las orejas muy atentas. ¿Habría algo para ellos en el testamento?

—¿Sabes quién es aquel hombre del ciprés? —inquirió el abogado.

Penèlope miró al hombre de las gafas y la barba recortada y movió la cabeza negativamente.

—No conozco a nadie, en realidad acabo de llegar de Londres.

—Hum, a lo mejor es un empleado de la aseguradora de pompas fúnebres.

Comenzaron a echar paladas de tierra sobre la caja.

Nadie leyó ningún responso, no había ningún clérigo. La mañana era tranquila y un pálido sol daba color a la hierba quemada por el frío.

Cuando colocaron las coronas sobre la sepultura, los servidores habían desfilado ya. Tenían prisa por buscar un nuevo empleo, aunque Penèlope, la heredera, les había garantizado una semana de trabajo.

—Pobre tía Katherine, qué muerte más horrible.

—El asesino también se llevó su parte.

—¿Y quién será el asesino del asesino?

—Hum, si estuviéramos en Londres, Scotland Yard ya lo habría descubierto, pero los franceses se toman las cosas con más calma.

De pronto, se produjo una sorda explosión.

Toda la tierra de la tumba se movió, alzándose varios palmos con coronas incluidas.

Después, con la tierra más esponjada, el túmulo descendió de nuevo.

—¿Qué ha sido eso, abogado Norton? —exclamó Penèlope, sorprendida.

—¿El qué?

—¿No ha visto? Ha sido como una explosión.

El jefe de la brigadilla de sepultureros se les acercó con aire confidencial.

—Eso, para mí, ha sido una bomba —dijo.

—¿Una bomba? —repitió Penèlope, horrorizada.

—Sí, ahora el cadáver debe estar hecho papilla. No sé cómo la habrán colocado pero eso, para mí, es una bomba. Yo les recomendaría no remover este asunto, ahora todo está muy sucio y el espectáculo sería muy desagradable.

El abogado británico sacó unos billetes y se los entregó. El sepulturero, antes de guardárselos, los contó.

—Hombre —dijo—, ¿no cree que ha sido usted algo corto? Si alguien se entera de que han puesto una bomba al cadáver...

El abogado Norton torció su gesto aún más. Sacó otros billetes y al mirarlos observó:

—Es que ya no tengo más francos, son libras esterlinas.

—Oh, *monsieur*, no se preocupe usted, también aceptamos moneda extranjera.

Casi le arrebató los billetes de la mano y, muy sonriente, se alejó. Su sonrisa se transmitió a los rostros de los demás miembros de la brigadilla.

—Será mejor marcharnos antes de que pidan más.

—Abogado, ¿seguro que han puesto una bomba en el ataúd?

—No sé, quién sabe. Tu tía andaba metida en muchos líos, tenía que acabar así.

—¿Metida en qué lío?

—Penélope, si quieres hacerme caso, lo mejor es que tomes tu herencia y no hagas preguntas. Te subes a un reactor y te vas a pasar unas largas vacaciones a las Bermudas.

Cuando pasen un par de meses lo verás todo más claro.

—¿De veras lo veré más claro?

—Yo diría que cuando uno se acostumbra a gastar dinero, ya no le importa tanto de donde procede.

—Está usted muy cínico, abogado Norton. Por cierto, el hombre del ciprés ha desaparecido. ¿Habrá sido él quien ha puesto la bomba?

—Por favor, no hables más de la bomba, nadie sabe nada. Si exhuman la papilla, digo, el cadáver, va a ser peor para ti. El asunto

de la herencia se va a demorar y hay unos cuantos acreedores de la condesa que esperan cobrar y que no son nada pacientes.

—¿Por qué insiste en llamarla condesa, si no lo era?

—Ejem, para mí lo era.

—Los periódicos la han desenmascarado, por eso no ha venido nadie al entierro. La han dejado como si fuera una mujer del hampa parisina y apuntan que puede tratarse de una *vendetta* entre gangsters. Pobre tía Katherine, tildarla de gángster cuando era una mujer tan pacífica y aficionada a la buena vida.

—Cuando se es aficionado a la buena vida hay que gastar mucho dinero y cuando se pasa del salario normal en la clase media, se consigue con el sudor del prójimo. Vámonos, que aquí ya nada tenemos que hacer.

Echaron a andar.

El pequinés se acercó a la tumba y emitió unos ladridos quejumbrosos. Levantó una patita y meó sobre una espléndida y grande dalia blanca. Después, echó a correr en pos de su nueva ama.

El sol palidecía aún más y unas nubes terminaron por cubrirlo.

El invierno quiso hacerse notar en la cosmopolita y coqueta París.

CAPÍTULO IV

El teléfono de color rojo sonó estridente y Roland volvió la cabeza hacia él con recelo. El no era el clásico hombre de negocios que tiene varios teléfonos en su mesa y está acostumbrado a responder las llamadas.

Frunció el ceño y lo descolgó.

—¿Quién es el bastardo que llama?

—Soy

Hert-Hert.

—Conque

Je-Je,

¿eh?

—No he dicho

Je-Je,

sino

Hert-Hert

—corrigió la voz casi fúnebre que hablaba desde el otro todo del hilo.

—Lo sé perfectamente, idiota.

—No tengo ganas de bromear, el negocio es serio.

—Me lo imagino. Tú te quedas con todo y eso te va a costar un par de píldoras de plomo en las tripas.

—Espera, Roland, estás equivocado.

—¿Equivocado, tú crees? —rezongó, sarcástico y amenazador al mismo tiempo.

—Roland, métete en la cabeza que yo no tengo el cargamento.

—Pues la condesa de Blue Mount lo dijo bien claro.

—La condesa mintió.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Tenía previsto un nuevo comprador.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Había vendido ya?

—No.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Me lo dijo la mañana en que se la cargaron, bueno, en que te la cargaste.

—No digas idioteces, pueden oírte.

—Te he llamado para que sepas que yo no tengo al cargamento, te precipitaste al liquidarla.

—Ella me la jugó, pensó que podría reírse de mí. Yo la utilizaba a ella y le iba muy bien, pero quiso ponerse el tenderete por su cuenta y tuve que eliminarla.

—Ella tenía el cargamento.

—Pero ¿dónde?

—Repito que no lo sé.

—Hert-Hert, te doy cinco días para que averigües el escondite.

—¿Cinco días?

—Sí, cinco días. Al sexto día será mejor que tomes medidas para un ataúd, no sea que vaya a estar muchos lustros incómodo, y ya sabes que no bromeo.

Roland colgó sin esperar más palabras de Hert-Hert.

Por el momento, estaba seguro de que aquel sujeto sudaría copiosamente y le maldeciría.

—Hola. Roland.

—Querida —saludó a Geraldine, que acababa de entrar en el despacho.

—¿Cuándo vamos a Cartier?

—¿Cómo dices?

—Me prometiste que iríamos a la joyería Cartier si el contacto funcionaba.

—Ah, sí, claro. ¿Quién es el tipo que te llevó en coche?

—No lo sé.

—Pues tienes que averiguarlo, no me gustan los misterios. Ese individuo puede ser un problema.

—No lo creo, no le dije nada importante.

—Eso es lo que tú dices, pero conociendo tu lengua...

La chica se sirvió un trago de coñac.

—Por más memoria que he hecho no consigo recordar haberlo visto antes.

—Está bien. Cuando vuelva a verlo, le preguntas cómo se llama.

—Sí, claro, dónde vive y cuál es su número de teléfono.

—¿Por qué no? Le dices que te vas a ir a la cama con él y a lo mejor te cuenta todo lo que le pidas.

—Y tú te presentarás con tus matones cuando estemos en la cama, ¿verdad?

—¿Qué muerte más hermosa para un hombre!

Ante la carcajada de Roland, ella le espetó, furiosa:

—Eres un bruto.

—Geraldine, guapa, iremos a la joyería.

—No te molestes, puedo ir sola y decir que carguen la compra a tu cuenta.

—Eso se lo dices a un mongólico, nena. Ahora, hablando en serio, iremos a Cartier después de que me hayas hecho un encargo.

—¿Un encargo?

Geraldine torció el gesto. Roland le volvió la espalda para no mirarla, como no dando importancia a lo que iba a decir.

—Hay una chica que se llama Penélope, es inglesa. Ahora está en París y quiero que la veas, que te hagas su amiga y le cuentes que eras íntima amiga de la condesa de Blue Mount.

—¿Yo amiga de esa zorra? ¿No leíste los periódicos? La han dejado de mafiosa. Se las daba de condesa y no era más que una zorra sin escrúpulos.

—Vamos, vamos, parece que le tuvieras celos.

—Yo no tengo celos de una muerta.

—La verdad, Geraldine, con ella tenía contactos digamos de negocios, eso es, asuntos de negocios.

—Que tratabais en la cama.

—Gruñes más que una esposa cuarentona.

—Está bien. ¿Qué pasa con Penélope? —Es la heredera de la condesa—. ¿Y deja mucho dinero?

—No lo sé. Tú te presentas como su amiga, hay un asunto que quiero conocer sobre la herencia.

—¿Y crees que a mi va a decírmelo?

—No, pero cuando la fruta esté madura, tú te la llevarás a una ratonera y cuando esté bien segura, la interrogaremos.

—Yo no quiero meterme en asuntos de secuestros.

—Tú harás lo que yo te diga. —Hizo una pausa y añadió, más conciliador—: Y no te arrepentirás.

—No quiero terminar pudriéndome en la cárcel, no quiero, no quiero. Tengo miedo de ir a la cárcel.

—Si haces bien las cosas no verás más rejas que las del chalet que te compres. Hay que trabajar fino. —Observó su reloj—. Dentro de unos minutos vendrá un amigo mío, tú te quedas aquí y observas, sin abrir la boquita. ¿Comprendido?

—Y tu amigo, ¿qué es lo que hace?

—Se trata de Totier.

—¿El joyero?

—Ajá.

—¡Oh, querido, cuánto te amo! ¿Quieres que juguemos ahora un poco? Te quedarás más relajado. —Se le acercó para hacerle caricias en el cuello y por detrás de las orejas. Sonó un timbre de chicharra. Roland oprimió una tecla del interfono y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Ha llegado Totier —anunció la voz de uno de sus hombres.

—Que suba y, luego, que no pase nadie más por la puerta.

—Comprendido, jefe.

—Y tú, tranquila, que ya tenemos a Totier aquí.

Totier era un sujeto pequeño, flaco, feo, con unas gafas muy redondas de cinco dioptrías de miopía en cada ojo. Un grueso bigote canoso cubría su labio superior.

—Hola, Totier. Como te dije por teléfono, quiero una valoración estimativa bastante aproximada.

—Haré lo que pueda —dijo, sentándose en una butaca.

Roland recorrió unas cortinas. Apareció una pantalla de reflexión metalizada y se encendió el foco de un buen proyector de diapositivas. La caja que contenía las diapositivas estaba preparada.

—Adelante.

Sobre un fondo oscuro aparecieron siete diamantes. En la parte baja de la proyección había un escrito que especificaba: «CINCO QUILATES CADA UNO».

—No está mal, ¿eh, Totier?

—No está mal, pero habría que examinarlos por si hay impurezas o fallas.

—Cuando tenga una valoración aproximada, ya veremos cada pieza con más propiedad. —Teniendo en cuenta que son piedras de difícil salida, no pagues más de cien mil por esos brillantes.

—Cien mil, ¿eh? —Anotó la cifra en un bloc que tenía a mano.

Pasó la siguiente diapositiva y pudieron ver una esmeralda sobre fondo blanco.

—Quince quilates.

—Con las esmeraldas hay que tener mucho cuidado. Las de imitación parecen auténticas, a muchos joyeros se las cuelan.

Geraldine vio pasar las diapositivas una tras otra. Sus ojos se llenaron con la belleza de aquellas gemas, todas ellas muy valiosas. Brillantes, esmeraldas, rubíes, zafiros, joyas engarzadas en oro y en platino.

Cada piedra era hermosa en sí misma; cada pieza de joyería tenía un valor grande pese a que Totier las evaluaba muy por lo bajo, alegando que debía inspeccionarlas en su taller de joyería, pero para Roland, aquel valor estimado era ya suficiente. Calculaba lo que podría sacar de aquellas joyas si llegaban a caer en sus manos.

—¿Dónde tienes todas esas maravillas? —preguntó Geraldine cuando Totier se marchó tras las proyecciones.

—No las tengo, pero serán más. Creo que un precio global de dos millones estará bien.

—Por lo menos valen veinte millones.

—Y si compras todo eso en Cartier, vale mucho más —se rió el gángster.

—¿Vas a montar una joyería?

—No, simplemente voy a hacer un negocio y quiero saber lo que me van a dar por lo que yo ofrezco.

—¿El negocio de esas piedras preciosas tiene que ver con esa Penélope?

—Sí, querida, todo está relacionado. Tú trajiste el muñeco de trapo y en su cuerpo había estas diapositivas. Ahora me faltan datos, más datos para que esas piedras sean más.

—¿Y todo va a ser tuyo, amor?

—Es una inversión, querida, se compra y se vende. Lo que sucede es que cuando esta clase de negocios se hacen al margen de la Ley, los precios cambian.

—¿Y luego, todas esas piedras, las venderás?

—Depende, según vea el mercado, y no necesariamente las he de vender todas. Lo que sí importa es que pague a mis acreedores. En el mundo en que me muevo, el que no paga no va a juicio sino al infierno.

CAPÍTULO V

—¿De veras conocías a mi tía Katherine? —preguntó Penélope.

—Pues claro, ya te lo dije por teléfono antes de venir a verte.

Geraldine era una mujer de la escena pero una pésima actriz; sin embargo, sabía desenvolverse en el arte del fingimiento.

—Yo tenía poco contacto con mi tía y no sé en qué medios se desenvolvía.

—En todos los medios, lo mismo se la podía ver en la ópera que en el Lido o en los pases de modelos de las *boutiques* del Boulevard des Capucines.

—Lo que sí sé es que no le faltaba dinero. Esta misma casa que ha dejado en herencia es muy buena, no es una gran residencia pero resulta confortable.

—Sabía meterse en negocios.

—¿De qué clase?

Geraldine se encogió de hombros.

—No lo contaba.

—¿Negocios sucios? ¿Es cierto que formaba parte del hampa de París?

—Yo diría que eran negocios oscuros, pero no era una pieza más del hampa de París sino una princesa de los oscuros negocios internacionales. Acudía a los mejores hoteles de la ciudad y solía viajar mucho, lo mismo por Asia que a Sudamérica, Oriente Medio y no digamos por Europa. No me preguntes en qué invertía su dinero porque no podría responderte; lo que sí sé es que su vida debía ser apasionante. Contactaba con gentes interesantes, con hombres sin piedad; ella, sin perder su elegancia, se enfrentaba a los peligros.

—¿Y por qué lo de condesa de Blue Mount, si no era condesa?

—Eso le abría más puertas. Si uno dice «soy fulanito de tal» y lleva dinero encima, se le trata bien. Si alguien dice que es noble

pero no tiene dinero, se le rechaza, más si alguien entrega su tarjeta con una corona de nobleza y acompaña esa tarjeta con dinero, se le abren todas las puertas.

—Para mí, tía Katherine era todo un misterio.

—Si eres su heredera, pronto dejará de ser un misterio la riqueza de la condesa de Blue Mount. —Hizo una pausa antes de inquirir—: ¿Se ha interesado la policía por la herencia?

—Sí, como las circunstancias de su muerte fueron tan violentas...

—Ya.

—La policía quería saber, pero como después de todo, mi tía tenía nacionalidad británica, el juez no concedió la orden de inspección de sus bienes privados. Ella sólo fue víctima en el crimen y no se la puede acusar de ningún delito sobre el que basar un incautamiento de sus propiedades.

—Pero estarán muy cerca de ti para preguntarte cuando recibas la herencia.

—Sí, eso creo. La policía encontró al asesino de tía Katherine, pero no a los asesinos del asesino; no obstante, siempre tengo la impresión de que alguien me sigue.

—A lo mejor son imaginaciones tuyas.

Sonó el llamador musical de la vivienda. Penélope se levantó diciendo:

—Disculpa un momento. Como no tengo criada ni intenciones de tenerla, porque no es mi estilo, voy a ver quién es.

—No faltaría más —dijo Geraldine, colocando entre sus labios un larguísimo cigarrillo turco.

Penélope fue hasta la puerta de aquel amplísimo apartamento ubicado cerca del Campo de Marte. Calles tranquilas y muy burguesas, residenciales, para economías fuertes. Por precaución, Penelope puso la cadena de seguridad y pudo ver a un hombre alto, relativamente joven, de aspecto duro y a la vez simpático, quizás un tanto cínico.

—Está Geraldine, ¿verdad?

—Sí, Geraldine está aquí —asintió.

—Yo soy Jack, me ha dicho que pasara a recogerla.

—Un momento —pidió Penélope, cerrando la puerta para quitar la cadena de seguridad. Después, volvió a abrir—. Pase.

—Tienes acento inglés.

—Es que soy inglesa —puntualizó Penèlope, conduciendo a Jack hasta la salita donde se hallaba sentada Geraldine.

—Hola, Geraldine —saludó el hombre.

Se acercó a ella y le dio un beso fugaz en los labios.

La chica se le quedó mirando con los ojos muy abiertos, el asombro se reflejaba en ellos. Se había quedado como sin habla.

—Tú, tú eres...

—Claro, querida, soy Jack.

Penèlope los miró a ambos con expresión desconcertada.

—Eres el tipo más cínico que he visto en mi vida —silabeó Geraldine.

El hombre, con una sonrisa de disculpa, miró a Penèlope y dijo:

—Me llama cínico porque no quise irme a la cama con ella. Encima que la respeto, claro que a lo peor estoy algo anticuado.

—Sinvergüenza, desgraciado... ¿Quién diablos eres?

Penélope observó:

—Estáis hablando como si no os conocierais.

—Es que a Geraldine le gusta mucho hacer tragedias de las nimiedades. Por cierto, ¿cómo está Roland?

—Cuando él te encuentre, va a enviarte a la morgue.

—Vaya con Roland, siempre tan, chistoso. ¿No me ofreces un trago? —preguntó, mirando a Penélope.

—Oh sí, claro.

Geraldine se acercó al oído de Jack y le dijo:

—¿Quién eres en realidad?

—El hijo que parió mi madre.

—No seas cínico. Estás metiendo las narices en un horno y te las vas a quemar. —Me gustaría meter otra cosa en un hornito femenino para quemármelo con mucho placer.

—¿Coñac te va bien?

—Oh, sí —aceptó Jack tomando la copa del tipo napoleón—. Magnífica casa —opinó.

—Es la herencia de tía Katherine.

—¿La herencia, quieres decir que ahora será tuya?

—Sí, pero yo vivo en Londres.

—París tampoco está mal para vivir, aunque yo también voy mucho a Londres. —No regresaré a Londres hasta que terminen las

averiguaciones sobre el asesinato de tía Katherine.

Geraldine miró a Jack preocupada.

—Tengo que marcharme. Volveré a visitarte, querida.

—Gracias. Me siento sola en París y el abogado Norton • no es nada simpático.

—Si quieres, puedes venir con nosotros —propuso Jack.

—¿Adónde? —preguntó Geraldine, sorprendida por la cara dura del hombre—. Podemos ir a la fundación Pompidou. Creo que hay una exposición de pintura muy buena.

Geraldine dijo:

—Prefiero irme a la cama.

—Acompáñanos, Penèlope. Dejaremos a Geraldine en su casa y te llevaré a la *Tour Eiffel*.

—Ya he estado en la *Tour Eiffel* —puntualizó Penèlope.

—Sí, pero no conmigo. Verás como contemplas la ciudad de forma distinta.

—No le hagas caso, querida, es un embaucador —le advirtió Geraldine, que no sabía cómo conseguir que Penèlope lo rechazara.

—Las mujeres siempre hablan muy mal de mí y eso es lo que me da más *sexy* —se rió Jack—. Soy como, el demonio.

Penèlope se puso un abrigo de ante forrado y les acompañó. Mientras cerraba la puerta reforzada del lujoso apartamento, Geraldine dijo a Jack en voz baja:

—Lárgate, aún estás a tiempo de salvar el pellejo.

—¿De veras? Es apasionante, hace tiempo que no vivo una aventura interesante. Un día de éstos me has de presentar a Roland.

—Ahora mismo, si quieres, verás qué divertido te resulta.

—¿Vamos? —preguntó Penèlope.

—Tengo el coche abajo.

Geraldine dijo entonces:

—Acepto, yo he venido en taxi.

Jack se puso entre ambas, cogiéndolas por el brazo. Al salir del edificio comentó:

—¿Penèlope, sabías que a Geraldine le entusiasma el fútbol?

—No, acabamos de conocernos. De quien ella era amiga era de tía Katherine o, como ella la conocía, la condesa de Blue Mount.

—Por favor, querida, será mejor que no expliques nada más o de lo contrario Jack se reforzará en su idea de que las mujeres somos

contumaces cotorras.

—Oh, no, yo soy incapaz de pensar tal cosa. Escucho a las mujeres con verdadero deleite.

—Será mejor que vaya a telefonar a aquella cabina, sólo será un momento —dijo Geraldine; mas sólo se pudo alejar un paso porque Jack la retuvo por el brazo.

—Nada de llamaditas. Podrás hablar con Roland dentro de diez minutos, ya me conozco bien el camino del «Aeropuerto».

—¿Vamos al aeropuerto? —se asombró Penélope.

—No, es un club que se llama así y que a estas horas estará cerrado.

Geraldine tuvo que introducirse en el automóvil de Jack que le dijo a Penélope:

—Sube delante, a mi lado. Después de todo, ella se apea antes. Geraldine se sentía desconcertada.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —preguntó de improviso.

—Ya ves, yo sé siempre dónde encontrarte.

—¿Me sigues?

—¿Tú qué crees?

—Que eres un cínico.

—Geraldine, no terminarás de comprenderme jamás.

Jack detuvo su automóvil frente al club «Aeropuerto». Entonces con la mayor naturalidad del mundo, le dijo a Geraldine:

—Dale recuerdos a Roland. Ah, y que cuide su cuello. A mí, la hoja afilada de la guillotina me daría mucho respeto.

Geraldine vio alejarse el automóvil de Jack llevándose a Penélope.

Estaba segura de que Roland iba a explotar cuando se lo contara, pero ¿quién diablos era aquel Jack tan atractivo con el que se habría ido a la cama sin dudarlo?

CAPÍTULO VI

—Te ha seguido, no hay duda de que te ha seguido.

—Pero ¿quién diablos es?

—Un bastardo que quiere fastidiarme.

—Ha dicho que te van a cortar la cabeza en la guillotina.

—Conque también eso, ¿eh? ¿Será de la policía?

—No, seguro que no.

—¿Y dices que está en la *Tour Eiffel*?

—Sí, se ha llevado a Penélope allá.

—¿Y la inglesa, la heredera de la condesa Blue Mount, se ha marchado con él tan tranquilamente?

—Sí. Él le ha contado que era amigo mío y como yo le había dicho que era amiga de la condesa...

—Muy claro, todos amiguetes. Anda, déjame, que tengo que hacer.

—La verdad. Roland, yo no me fiaría de ese sujeto, me parece muy cínico y caradura, lo que no sé es lo que se propone.

—Busca datos para chantajearme, pero va a chantajear a la madre que lo parió. Ahora, largo.

Geraldine salió del despacho de Roland. Éste sacó de un cajón una fotografía de Penélope y se dirigió a la sala del club. Allí interpelló:

—¡Pierre!

—Sí, jefe.

—Ven aquí en seguida, tengo un trabajo para ti.

—¿Con cobro extra?

—Sí.

—Menos mal. Creí que tendría que irme a quejar al sindicato por no cobrar los extras.

—Déjate de fantasmadas y mira esta foto.

—La veo, no está mal, pero me parecería mejor desnuda.

—Esta chica está ahora en la *Tour Eiffel*.

—Comprendido. ¿Es una turista o ha ido a tomar el aire?

—Es inglesa y la heredera de la condesa Blue Mount.

—Hum, entonces es un buen partido.

—Escucha —bajó la voz—, va acompañada de un tipo muy molesto.

—¿Y cómo es ese tipo?

—No lo sé, pero va con ella, solos los dos. Le pones un par de plomos aderezados con silenciador y te largas. ¿Comprendido?

—Ya, un trabajo rápido y limpio.

—Sí, que sea rápido.

—No será un policía, ¿verdad?

—No, no es un policía, es un chantajista, me lo huelo, y antes de que me provoque más problemas hay que hacerlo desaparecer. —
¿No sería mejor seguirlo y ver qué amigos tiene?

—No, es un lobo solitario. El trabajo tienes que hacerlo ahora mismo. Me portaré bien contigo, pero después de liquidarlo desapareces, no vengas aquí de inmediato por si te siguen.

Pierre salió del club.

Montó en un viejo automóvil con el motor trucado para poder desarrollar más velocidad y antes de ponerlo en marcha, sacó un arma de la guantera, era una buena pistola. Le añadió el silenciador y se la colocó en el interior de la chaqueta poniendo a continuación el automóvil en marcha.

—¿Quieres tomar unas pastitas? —le preguntó Jack.

—No tengo apetito —respondió la joven, prolongando la vista sobre los canales del Sena.

—Mira, allá está el Trocadero.

—Sí, ya lo veo.

—¿Por qué mataron a tu tía?

—Aún no lo sé y tampoco lo sabe la policía.

—¿Conoces mucho a Geraldine?

—No. Ella me ha contado que era amiga de mi tía, pobre tía Katherine... Era tan misteriosa, tan metida en asuntos oscuros. Nunca llegué a saber cómo había conseguido enriquecerse, porque cuando salió de Inglaterra era pobre como una rata. Por cierto, ¿eres amante de Geraldine?

—No.

—Soy inglesa, pero también hago preguntas. Me siento sola y desconcertada.

—Dispara lo que quieras.

—¿Te has acostado con Geraldine?

—No.

—Los parisinos —dijo, como pensativa— sois muy especiales. Parecéis muy libres en el amor y luego resulta que sois, ¿cómo diría? Fríos, eso es, fríos.

—¿Crees que soy frío?

—Bueno, si dices que no haces el amor con Geraldine y ella es tu amiga...

—Es que ella ya tiene su amante.

—Vaya, eso complica las cosas, ¿no?

—Sí, complica las cosas.

—¿No practicáis el *ménage a trois*?

—A mí, el *ménage a trois* me gusta con dos chicas.

—¿Y podrías?

—Si lo que deseas es una demostración...

—Mira, mira el barco por el Sena.

—Sí, precioso. ¿Me permites un momento? Voy a hacer una llamada.

—Sí, como no.

Penélope le vio alejarse y luego desvió sus miradas hacia el Sena que era lo que más le atraía de París desde aquella panorámica impresionante que se disfrutaba desde el segundo piso de la *Tour Eiffel*.

La *Tour Noire* quedaba a la vista, emergiendo como un edificio casi siniestro.

—Por favor, señorita. ¿Puede hacerme un favor?

—Es mucho favor —respondió ella, inconscientemente, mirando al japonés de baja estatura que tenía unos ojos sonrientes tras sus gafas.

—Sólo es un momento.

—Usted dirá.

—No es francesa, ¿verdad?

—Soy inglesa.

—Ya me parecía a mí. Usted disculpará mi atrevimiento por lo que le voy a pedir, pero es que estoy solo.

—Usted dirá —repitió.

—Quisiera hacerme una fotografía, bueno, mejor cuatro que una.

—Ah, muy bien.

—Ésta es mi cámara. Usted mira por el visor y cuando yo sonría a Oriente, aprieta este botoncito de aquí.

—¿Y la luz?

—Es automático, señorita.

—¿Y la distancia?

—Se coloca automáticamente, señorita.

—¿Y la carga?

—Se carga automáticamente también. Con esta cámara no hay problema, todo funciona automático. Si me hubiera traído el trípode, no me hubiera visto obligado a molestarla a usted.

—No es ninguna molestia —dijo Penélope, tomando la cámara entre sus manos—. Usted enfoca y dispara, yo cambiaré de postura. No importa las fotografías que haga, todo automático. ¿Comprende?

—Muy bien.

El japonés se apartó de la muchacha. Se acercó al mirador y ella le apuntó con el visor, le vio sonreír y disparó.

Casi de inmediato, la cara del japonés se contrajo. La joven apartó la cámara de su rostro y le vio caer.

Dos turistas se apartaron de él, alejándose. Penélope miró en derredor, asustada y perpleja. En aquel momento regresaba Jack.

—¡Jack, Jack, se ha muerto mientras le hacía una foto!

Jack observó al japonés; a su alrededor, el suelo se teñía de rojo.

—¿Quién es?

—No lo sé, me ha pedido que le hiciera unas fotos y se ha muerto.

—Vámonos antes de que llegue la policía.

—*Marcher, marchen... Madamas, monsieurs, marchen... Allez, allez* —decía el encargado del ascensor.

Llegaron tarde, la puerta se cerró y el ascensor se alejó llevándose al asesino.

—¡Han matado a un hombre! —gritó de pronto una mujer.

Jack rezongó:

—Será mejor no vernos envueltos en este crimen.

Ambos se dirigieron hacia las escaleras mientras otros turistas

hacían lo propio para no verse obligados a declarar ante la policía. Las horas o escasos días que iban a pasar en París no deseaban pasarlos en Prefectura.

CAPÍTULO VII

—El japonés está enfriándose.

Roland miró a Pierre con actitud interrogante.

—¿Qué has dicho?

—Que el japonés está liquidado.

—¿Qué japonés?

—El acompañante de la chica de la foto.

—¿Estás seguro de que era japonés?

—Segurísimo, puede ir a velo a la morgue, salvo que fuera un tipo que se disfrazara también como Ber.

—¿Y seguro que te lo has cargado?

—Desde luego.

Roland se alejó de Pierre.

En el escenario se movían tres chicas, la sesión aún no había comenzado.

Se dirigió al camerino de Geraldine, donde ésta se estaba tensando la piel con una mascarilla de crema para salir luego a escena con un cutis magnífico.

—Geraldine...

—¿Sí, Roland? —respondió sin mover la cara para no estropear su mascarilla que la convertía en una especie de payaso de faz blanca.

—¿El tipo que te siguió, el del coche, el que se metió en la casa de la condesa, era japonés?

Ella parpadeó, sorprendida. Levantó la cabeza para volvería hacia el gángster.

—¿Japones?

—Sí, japonés, el que estaba con la inglesita.

—No, no es japonés. Es alto, guapo, para mí que es de París.

—¡Podías haberme dicho que no era japonés!

Ante la súbita cólera de Roland, Geraldine se encrespó.

—¿Es que tú acaso me preguntaste si era japonés?

—No diste más datos sobre él que iba con la inglesita.

—Bueno. ¿Y tan grave es?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque el japonés ya debe estar camino de la morgue.

—¡Roland!

—Mira, Geraldine, no voy a dejar que lleven mi preciosa cabeza a la guillotina, para no acordarme de ella me afeito con máquina eléctrica y si veo que me van a atrapar, primero te rebano el cuello a ti. ¿Comprendido?

—No sé por qué te pones tan violento conmigo, yo no te dije que fuera japonés.

—Pero tú eres la que ha metido a ese desconocido en el negocio.

—Yo no sabía nada, tú me dijiste que tendría un contacto. Debiste advertirme que sería el que iba disfrazado de hinch.

—Y tú, como perra caliente, te metiste en el primer coche que te abrió la puerta.

—No me insultes.

—Ahora no me digas que te hubieras ido a la cama con él.

—¡Pues sí!

Roland le soltó una bofetada que sacudió la cabeza de Geraldine, la cual hizo brillar sus ojos con odio. No se amilanó, no se puso a sollozar y despacio, mordiendo cada una de las palabras, dijo:

—Ese desconocido, ese Jack, es un tipo alto, guapo, tiene la mitad de años que tú y supongo que lo que aún no he visto de él, debe ser mejor que el obelisco de la plaza de la Concorde.

—Estúpida —silabeó Roland también despacio, sin dejarse llevar por la ira—. Vas a buscar a ese tipo como una perra en celo. No sé cómo te las vas a arreglar, pero lo buscas y cuando lo hayas encontrado, me avisas de inmediato. Ah, si le puedes hacer una fotografía para que en la próxima ocasión no enviemos a un watusi a la morgue...

Cuando Geraldine se hubo quedado sola, dio un puñetazo sobre el tocador y varios tarros saltaron. Sacó una pequeña agenda de su bolso, buscó en ella y luego marcó un número de teléfono. Esperó, pero sus llamadas fueron en vano, nadie respondió.

—Maldita sea. Encima, la inglesita se lo llevará a la cama.

—¿Qué ha podido ocurrir? —preguntó Penèlope mientras se alejaban de la *Tour Eiffel* en el automóvil de Jack.

—No lo sé, pero alguien ha hecho el trabajo de verdugo. ¿Ha utilizado una pistola con silenciador?

—¿Cómo lo sabes?

—Si lo hubieran acuchillado, tú lo habrías visto. Como han tenido que matarle a distancia y no has oído disparos, ha debido ser con silenciador.

—Es cierto.

—No cabe duda de que es un profesional.

—Parecía buena persona el japonés.

—Posiblemente lo era. Me indino a creer que lo han confundido.

—¿Con quién?

—No estoy muy seguro, pero puedo decirte que Geraldine tiene amistades muy especiales.

—¿Qué quieres decir con eso de amistades especiales?

—Vive inmersa en el mundo del hampa, no olvides que a tu tía Katherine la asesinaron.

—¿Piensas que la muerte de mi tía tiene que ver con la del japonés?

—Me inclino a creer que sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. En realidad, ¿qué ha dejado en herencia la condesa de Blue Mount? —Un chalet en la Costa Azul, una parcela sin edificar en Inglaterra, su Rolls-Royce que me da miedo conducir, dos cuentas corrientes, una en el Banco de Inglaterra y otra en el Banco Nacional de Francia, y una caja de seguridad en un Banco.

—¿Eso es todo?

—Sí, es lo que me ha dicho el abogado Norton. Ah, y el apartamento de París. —¿Tú eres la única heredera?

—Sí.

—Pues, hay que admitir que eres afortunada.

—No creas, el abogado Norton me ha advertido que hay deudas.

—Penélope, me temo que hay algo en esa herencia que interesa a unos reyecitos del hampa.

—Pero ¿qué es? ¿El apartamento, el chalet?

—No lo sé todavía. —Se detuvo frente a un semáforo—. ¿Qué hay en la caja de seguridad?

—No lo sé. El abogado Norton me avisará cuando el juez me otorgue la posesión de la herencia. Como tía Katherine murió violentamente, estas cosas se retrasan un poco. Puedo disfrutar de las posesiones, pero no puedo sacar ni un franco ni una libra de los Bancos. No puedo abrir la caja de seguridad bancaria. No puedo inscribir ninguna propiedad a mi nombre ni vender un solo objeto que perteneciera a mi tía.

—Y las facturas, ¿quién las paga mientras tanto?

—El abogado Norton, que es el albacea del testamento. Tía Katherine confiaba en él.

—Entonces, el abogado Norton conocerá cuáles eran los negocios de la condesa.

—El asegura que no.

—Me cuesta creerlo.

—A mí también, pero si se lo dijera podría ofenderse.

—¿Tienes las llaves?

—¿De qué?

—Del chalet de la Costa Azul. —Sí.

—¿Dónde?

—En mi apartamento.

—Pues, vamos a buscarlas.

—¿Para qué?

—Poniéndole gasolina al coche llegaremos pronto a la Costa Azul, no es la temporada alta. Hace frío, pero siempre puede ser un viaje agradable.

—¿Y qué le digo al abogado Norton?

—Ya lo llamaremos por teléfono.

Ella se echó hacia atrás en el respaldo del asiento. Mirando hacia adelante, comentó:

—Es asombroso.

—¿El qué?

—No te conozco de nada; me propones un viaje a la Costa Azul, a un chalet en el que vamos a estar sotos, y yo acepto.

—Lo dices como si todavía fueras virgen.

—¿Y si lo fuera?

CAPÍTULO VIII

Hert-Hert había estacionado su automóvil a una distancia prudencial para no ser identificado. Miró el reloj.

Puso una cassette en marcha, sacó un frasco de la bolsa de la portezuela y se llenó la boca con un líquido.

Estuvo haciendo gárgaras dentro del coche, luego bajó el cristal de la ventanilla y escupió el líquido hacia el exterior.

Un perro bastardo, manchado en blanco y negro, que merodeaba por aquel lugar, se acercó corriendo a oler el líquido expulsado. De inmediato retrocedió, como molesto.

Miró a

Hert-Hert

y comenzó a ladrarle en tono de protesta.

—Maldito hijo de perra, ¿por qué ladrarás ahora? Cállate, bastardo.

El can, que no parecía molesto por los insultos, pues era evidente que ignoraba lo que significaba un pedigrí, insistió en ladrarle.

Hert-Hert sacó un *sándwich* que tenía en la guanterera, lo había comprado en una gasolinera y se lo arrojó por la ventanilla. El animal fue hacia él y primero lo olfateó, receloso.

—Sí, encima hazle ascos —gruñó

Hert-Hert

que seguía en su puesto de vigilancia.

El perro se comió el *sándwich*. Cuando hubo terminado, se acercó al coche y bautizó con orín la puerta posterior izquierda. Después se alejó, satisfecho.

Penelope y Jack salieron del restaurante. Subieron al automóvil de Jack y reemprendieron la marcha.

Hert-Hert les siguió sin hacerse notar. No pensaba pisar el acelerador hasta que se hallasen cerca de una gran ciudad. De todos

modos, no pensaba perderles, había colocado un microemisor de señales acústicas intermitentes que él seguía con el receptor goniómetro que llevaba en su coche. No podía perderlos mientras no cambiaran de vehículo.

Penèlope comentó:

—Tengo la impresión de que nos siguen.

—No se ve a nadie —dijo Jack, mirando por al espejo retrovisor.

Iban dejando atrás los camiones que sorteaban y no tenían ningún problema de circulación.

—No sé, será intuición femenina.

—Olvidalo. Por cierto, ¿has visitado en alguna ocasión el chalet de tu tía?

—No, pero tenemos la dirección y podemos reconocerlo por la fotografía que llevamos encima.

El chalet se hallaba ubicado frente a la playa, en la carretera entre Niza y Saint-Tropez, antes de llegar a esta población vacacional.

Cuando Jack frenó el auto frente a la verja, silbó de admiración.

—A la condesa de Blue Mount debían irle muy bien los negocios.

—Eso parece. Este chalet debe valer una fortuna, ¿verdad?

—Sí. Por tu bien esperemos que no tenga hipoteca.

—¿Entramos? —preguntó ella.

—Pues, ¿a qué hemos venido, entonces?

—Sí, claro.

Penèlope descendió del coche. Utilizó una de las llaves para la verja y luego la empujó, dejando paso libre al auto que rodó hasta la puerta del garaje frente a la cual se detuvo.

—¿Está vacío?

—¿Te refieres a muebles? —preguntó la joven.

—Sí.

—No sé, todo será una sorpresa para mí. Es posible que alguien se encargue de vigilarlo, no le he preguntado a Norton. —Entremos y veremos qué encontramos.

El chalet, que era de dos plantas, con terrazas bien distribuidas para gozar del sol mediterráneo y con vistas al mar, poseía el mobiliario justo, acorde con aquel lugar. No estaba nada recargado y en la decoración predominaban las tonalidades claras. —Supongo que en este salón debería dar fiestas— observó Penélope, mirando

en derredor.

—Posiblemente. ¿Habría caja fuerte aquí?

—No lo sé, es posible que sí, tía Katherine viajaba con joyas.

—¿Tienes todas las llaves?

—De la caja fuerte, no.

—Verás, Penélope, hay que buscar algo, pero...

—Pero ¿qué?

—No sé exactamente el qué.

—Estás muy misterioso. ¿Qué es lo que podía ocultar tía Katherine que interesaba tanto a sus asesinos?

—Ella lo sabía, pero ya no puede decirlo, claro que existe una incongruencia.

—¿Una qué?

—Incongruencia. Quiero decir que si ella ocultaba algo que los hampones querían, ¿por qué la mataron? Matarla era silenciar su boca para siempre.

—¿Y si la mató alguien que no quiso que hablara?

—¿Sobre qué?

Penélope no respondió, en realidad no sabía qué contestarle. Salieron a la terraza y además del mar, rodeada de un magnífico césped verde, pudieron ver una piscina.

Jack comentó:

—Teniendo el mar tan cerca me parece absurda la piscina.

—Hay gente a la que le gusta aislarse, es como tener una bañera muy grande para invitar a los amigos a bañarse en ella.

—También es una expresión de riqueza, y más esta piscina que está cubierta para que encima del agua no le caiga ni el polvo, pese a que debe poseer unos magníficos filtros. —Seguro— admitió Penélope, mirando la piscina totalmente cubierta por una lona plástica azulada como debía ser el agua. Unos cordones sujetaban la lona plástica por encima de las grandes losas que rodeaban la piscina.

—Tiene aspecto de estar bien construida.

Vista desde aquí arriba parece una gigantesca cama elástica.

¿Qué hacemos ahora? —preguntó Penélope—. Buscar, buscar por toda la casa algo que nos pueda llamar la atención y luego podemos buscar qué comer y adonde dormir.

Buscaron sin hallar nada que les pareciera especialmente

extraño.

Tomaron el coche y se acercaron a Saint-Tropez para buscar un restaurante que estuviera abierto. Comieron sin darse cuenta de que eran seguidos por Hert-Hert.

Más tarde, regresaron al chalet después de estirar las piernas por las solitarias calles de la población estival. El verano quedaba lejos todavía y se había levantado un viento molesto.

—¿Qué te parece si compramos una bolsa de alimentos?

—Si acabamos de comer —le observó ella, casi riéndose.

—Lo digo por esta noche, hemos de cenar antes de dormir.

—¿Dormir?

—Sí, hemos hecho muchos kilómetros sin parar, hay que descansar. Mañana daremos algún vistazo más al chalet y después podemos reemprender viaje a París.

—Está bien. Recuerdo que el chalet tiene varias habitaciones amplias.

No apetecía pisar la arena de la playa. El viento se hacía cada vez más fuerte y las olas se encrespaban.

Unos nubarrones densos avanzaban del noroeste hacia el Mediterráneo, adentrándose en él.

—Quizás tengamos tormenta esta noche —comentó Jack mientras preparaba la leña para la chimenea.

La encendió cuando ya había oscurecido.

Pusieron en marcha el tocadiscos alta fidelidad. No menos de cuatro columnas de sonoridad estratégicamente distribuidas comenzaron a sonar con una perfección óptima.

Escucharon un fuerte trueno y miraron a través del ventanal. El cielo se había encapotado totalmente y llovía.

—Fíjate como llueve sobre la lona de la piscina —dijo Jack.

Lo que ambos ignoraban era que

Hert-Hert,

metido dentro de su coche, empezaba a gruñir. La perspectiva de aguantar la lluvia durante toda la noche no le gustaba nada. —Es una situación peligrosa— observó Penélope.

—¿Peligrosa?

—Sí, el fuego, la casa en soledad, tú y yo...

—¿Qué haces en Londres? —preguntó Jack mientras daba

cuenta de un *sándwich* calentado en la propia chimenea.

—Trabajo.

—¿En qué?

—Secretaría de una compañía de transportes marinos.

—¿Y es divertido?

—Según. Al principio, sí, luego todo se convierte en rutina.

—Y ahora, ¿de vacaciones?

—Las he pedido para estos días por lo sucedido a tía Katherine.

—¿Volverás al trabajo?

No sé, depende de lo que herede de mi tía.

¿Y no te importa de donde haya salido el dinero de tu tía?

—No te entiendo —respondió ella, apartando el emparedado de sus labios.

¿Y si tu tía hubiera hecho su fortuna con negocios digamos sucios? La verdad es que tanto dinero no se consigue de buena fe y mucho menos con un salario.

—¿Qué entiendes tú por negocios sucios?

—Pues, trata de blancas, por ejemplo.

—¿Una alcahueta?

—Podría ser que el dinero lo hubiera obtenido con la prostitución de chicas desorientadas y obligadas al comercio del sexo por dinero.

—No me gustaría tener que enfrentarme a ese problema.

—¿Y tráfico ilegal de drogas?

—Tampoco me gustaría.

—¿Y robo de joyas?

—La palabra «robo» me horripila.

—No creas que los que te acabo de nombrar son los únicos negocios sucios, hay muchos más: extorsión, chantaje, fraude de alimentos, de medicamentos, falsificación de documentos...

—Para, para. ¿Es que quieres provocarme insomnio?

—¿Preferirías tomar el dinero y no saber de dónde viene?

—Visto así... Después de todo, yo no he hecho nada.

—El que hereda un dinero sucio no es culpable legalmente, pero moralmente sí lo es.

—¿Y hay mucha gente que se sienta culpable moralmente?

—No creo que haya muchos que se sientan culpables.

—Pareces un predicador. Oye, y tú ¿cómo te ganas la plata?

—Compro y vendo.

—¿Compras y vendes, qué?

—Cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Materiales de oficina usados, máquinas fotocopadoras, calculadoras, etcétera. Un equipo de mecánicos las repasa y luego las vendo en provincias, en pequeños establecimientos. —Parece interesante.

—Sí, los negocios siempre tienen algo especial, nunca sabes en qué lío vas a meterte al entrar en una casa particular en una oficina perteneciente a una empresa en quiebra.

—¿Y tu moral?

—Va bien. Es un negocio difícil, no creas. Lo habitual en estos negocios de compra-venta es dedicarse al coche usado porque tiene mucho movimiento, pero hay demasiada competencia.

—Así, ¿eres un zorro del mercado usado?

—Más o menos y los zorros se comen a las zorras, bueno, lo de comérselas es un decir.

Penélope le dejó acercarse.

Él le cogió los cabellos, apartándoselos del rostro como para verla mejor a la luz de las llamas.

Jack, ¿qué tratas de hacer?

¿Qué crees tú que voy a hacer?

No quiero pensarlo.

—Me gusta la decisión que has tomado —le dijo, enronqueciéndosele la voz.

Ella apenas lo notó. Sintió un ligero calor en sus mejillas y las manos de Jack resultaban tan suaves como hábiles.

Mantuvo los ojos abiertos hasta que los labios varoniles rozaron los suyos. Se estremeció y tuvo la impresión de que el calor de las llamas de la chimenea le obligaba a cerrar los párpados; sin embargo, era un calor muy agradable.

Botones y corchetes saltaron de su ropa y la presión de los dedos masculinos en sus pechos, pese a esperarla, la hizo estremecer.

Llevaba pantalones. La cremallera produjo un ligerísimo ruido al ser bajada y notó presión en su vientre. Las *panties* eran blancas, con diminutos orificios.

—No sigas —suplicó Penélope, deseando con el alma que

continuara más y más.

Le obligó a inclinar la cabeza hacia atrás, hasta casi dolerle la cerviz mientras los labios de él parecían querer triturar los suyos, devorarlos, succionarlos, hacerlos desaparecer dentro de su boca.

Ya no podía decir nada mientras las manos amantes la acariciaban hasta demoler todas las barreras de defensa que ella pudiera oponer.

CAPÍTULO IX

Hert-Hert se estaba dando a todos los diablos mientras diluviaba sobre su automóvil. Un trueno casi unido al relámpago que acababa de cegarlos hizo temblar todo el coche.

El chalet no tenía luces encendidas, semejaba abandonado mientras la tormenta proseguía sobre la Costa Azul. Incluso, el viento había arreciado y la lluvia caía en ráfagas oblicuas que barrían.

Hert-Hert sacó su pistola del calibre nueve. Le acopló el silenciador y luego la guardó en su axila mientras tomaba un impermeable y se cubría con él.

Dejó las llaves puestas en el contacto por si tenía que salir huyendo. Por otra parte, no creía que ningún ladronzuelo de automóviles se lo llevara en aquellos momentos.

Dejó el coche y anduvo hacia la verja del chalet. Estaba cerrada. La lluvia le azotaba el rostro.

Empuñó el arma y apuntó con ella a la cerradura. Aguardó a que un relámpago le cegara para efectuar tres disparos casi consecutivos sobre la cerradura de la verja, que al recibir los impactos quedó perforada.

Saltaron los muelles y
Hert-Hert

sólo tuvo que sacudir unos instantes la puerta de hierro para que ésta cediera y se abriera hacia el interior.

Buscó la puerta casi a tientas y cuando la encontró, gruñó al comprobar que estaba cerrada. Aguardó a que un nuevo trueno pudiera absorber las detonaciones, ya de por sí amortiguadas por el silenciador.

Dos disparos le bastaron para franquearle la entrada, los truenos seguían siendo sus aliados.

Ajustó la puerta tras de sí y se internó en el lujoso y confortable

chalet.

Después de cruzar un vestíbulo, al llegar a la sala, una oleada de calor; de olor a leña quemada, le envolvió, todo él chorreaba agua. Sonrió por primera vez desde que saliera de París.

La pareja estaba allí, tendida sobre una mullida alfombra de piel. Se cubrían con una colcha roja que debían haber arrebatado a la mejor de las camas que poseía aquel lujoso chalet; también habían cogido dos almohadas y se habían improvisado la cama sobre la piel, muy cerca de la chimenea, de la cual todavía emanaba calor.

Apenas había luz, pero

Hert-Hert

se había acostumbrado a la oscuridad y podía verlos bien; muy bien. El cabello oscuro de la muchacha estaba esparcido sobre la almohada.

—¡Ah!

—¿Qué pasa? —preguntó Jack, con los ojos cerrados.

—Os voy a freír aquí tal como estáis.

Las palabras del desconocido que acababa de perturbar su sueño no le gustaron nada a Jack. Levantó la cabeza y preguntó:

—¿Por qué no negociamos este asunto?

—¿Negociar? Ésa es una palabra interesante, me gusta.

—Entonces, no hay problema.

Penélope miró a Jack; ambos seguían bajo la colcha, transmitiéndose mutuamente calor corporal.

¿Quién es?

—Oiga, mi amiga pregunta quién es usted. ¿Podemos saberlo?

—No creo que sea momento para bromas. Tengo balas suficientes para convertirlos a los dos en regaderas.

Jack se volvió hacia la chica. En tono irónico le dijo:

—Penélope, parece que este tipo no nos quiere dejar descansar.

—No te hagas el gracioso. ¿De qué pierna quieres cojear?

—Hombre, no irás a romperme un menisco de un balazo, ¿verdad?

La mujer se revolvió baja la colcha.

—No dispare, no hemos hecho nada.

—¿Quién eres tú?

—¿Ahora me toca a mí responder? —preguntó Jack.

—Sí, ¿quién eres?

—Me llamo Jack, pero mi nombre no te dirá nada. Acompaño a mi amiga.

—Ella es Penèlope, la heredera de la condesa de Blue Mount.

—Tía Katherine no era condesa.

—Da lo mismo el nombre con que se la conociera. La condesa de Blue Mount era una zorra; la peor de las zorras. Era capaz de quitarte hasta el *slip* si te asociabas con ella.

—Hombre, no creo que sea, para quejarse tanto —razonó Jack— es tan grave quedarse sin *slip* si la mujer que lo consigue es hermosa.

—¡Jack!

—No lo decía por ti, querida. Por cierto, ¿dónde está el mío? —preguntó, metiendo la cabeza bajo la colcha.

—Tengo prisa. ¿Dónde está, dónde lo escondió?

Penèlope y Jack se miraron, interrogantes. Parecían un par de adolescentes atrapados en falta, descubriendo el sexo por propia cuenta.

—¿Dónde está el qué?

—Lo sabéis perfectamente y lo quiero encontrar en seguida. Mi cuello pelagra y no voy a perder la cabeza por vuestra culpa.

—Estoy muy interesada en averiguar en qué negocios andaba metida mi tía.

—La condesa de marras se metió en más negocios que el mismísimo Satanás. Se acabó la cháchara, o me decís dónde lo escondió u os podéis considerar muertos. Seguiréis formando pareja en las losas marmóreas de la morgue.

—¿Te das cuenta, Penèlope? Hasta tiene espíritu literario.

—Está bien, como no queréis colaborar, os voy a enviar a hacer compañía a la condesa de Blue Mount.

—Un momento —atajó Jack—. Lo siento, Penèlope, pero se lo tengo que contar, la vida es lo primero.

Se incorporó sin soltar la colcha. La luz era muy tenue, el fuego de la chimenea no era más que leños carbonizados que aún despedían calor, les faltaba mucho para convertirse en cenizas.

—¡La puerta! —gritó la joven, de pronto.

Hert-Hert no tuvo el aplomo y la seguridad en sí mismo que había llegado a creer Vaciló un instante, no llegó a un segundo,

pero fue suficiente para que Jack actuase.

La colcha voló por encima de

Hert-Hert,

envolviéndolo.

Éste no dudó en disparar mientras la joven, desnuda sobre la alfombra de piel, se aplastaba contra ella dando un grito.

Dos balas perforaron la colcha.

Apenas se notaron las detonaciones, pero la colcha quedó agujereada limpiamente.

Hert-Hert no dudó en volver a apretar el gatillo, pero la petaca introducida en la culata del arma se había vaciado ya, había gastado demasiadas balas reventando cerraduras.

Jack recibió un durísimo golpe en la frente que le hizo doblar las rodillas; cayendo hacia atrás.

—¡Jack! —gritó Penèlope, temiendo que el joven hubiera recibido un balazo.

Al quedarse sin balas y comprobar que Jack no era un hombre acobardado,

Hert-Hert

se asustó a su vez y echó a correr, escapando hacia la puerta, hacia la noche, hacia la tormenta.

Pese al frío y su desnudez, Jack corrió tras el fugitivo, dándose cuenta de que a éste ya no le respondió la pistola.

—¡Jack, Jack!

Los gritos de Penélope no contuvieron al hombre que corría.

Hert-Hert alcanzó su coche y lo puso en marcha.

Jack, al ver los faros del automóvil iluminados, retrocedió hacia su propio vehículo, chapoteando con sus pies desnudos. Se introdujo dentro del mismo, lo puso en marcha y salió en su persecución.

Hert-Hert le llevaba demasiada ventaja; sin embargo, al darse cuenta de que era seguido, pisó a fondo el acelerador. Tomó una curva cerrada con demasiada amplitud, confiando en la hora de madrugada y en la tormenta, pero en dirección opuesta venía un camión.

Jack pisó el freno y su coche obedeció aunque con dificultades.

Las ruedas patinaron pero se detuvo antes de caer al acantilado.

Hert-Hert no tuvo la misma suerte. Se estrelló contra al camión

que tampoco pudo frenar en un par de metros y empujó al coche del asesino, ya convertido en chatarra, hasta el acantilado.

El camión estuvo a punto de seguirle.

El camionero, todo confusión, saltó de la cabina de su vehículo y cayéndole encima la torrencial lluvia, miró al fondo donde las rocas eran batidas por el furioso oleaje.

—Avisé a la gendarmería para que recojan lo que queda.

El camionero se volvió hacia Jack. En principio ni se dio cuenta de que estaba desnudo, aguantando la lluvia sobre todo su cuerpo.

—¡Usted lo ha visto, usted lo ha visto, iba por el carril contrario, se me ha echado encima!

—No tenga miedo, la cosa está clara. Me voy antes de que me lleven al hospital. —¡Mon Dieu! ¿Qué le pasa? Si va desnudo y no es verano...

—Es que el bebé no quería dormir y he salido a toda prisa a comprar un chupete. Jack montó en su automóvil, dio la vuelta y regresó al chalet donde Penélope le aguardaba.

—Jack, ¿qué ha pasado?

Ha muerto.

—¿Cómo?

—Se ha estrellado contra un camión y luego ha caído al acantilado.

—¡Qué horror! ¿Y quién era?

—No lo sé, pero por lo visto hay algo que varios asesinos están buscando.

Al verle castañear los dientes, Penélope tomó la colcha y comenzó a frotarlo con ella.

—Acércate al fuego.

Lo secó, lo envolvió en la colcha y se preocupó de avivar las llamas de la chimenea.

—Ya me encuentro mejor. Anda, dame un trago del coñac que hemos comprado. Penélope preparó la bebida en un vaso de papel. Jack la consumió de un solo trago y luego dijo:

—Hemos de encontrar lo que todos buscan antes de que otro lo consiga.

—¿Y qué es lo que buscan?

—No lo sé, pero lo que sea debe valer mucho dinero.

CAPÍTULO X

Al mediodía había dejado de llover, pero el cielo seguía encapotado. Jack observó la piscina después de desayunar y comentó a Penélope, que parecía más risueña, como si lo malo de la noche hubiera desaparecido de su mente:

—Se ha quedado el agua embolsada sobre la lona.

—Pero formando dos grandes rectángulos.

—Lo que significa que debajo puede haber algo.

—¿Debajo? —repitió, extrañada.

Jack descendió hasta la piscina. Buscó el lazo del extremo del cordón que sujetaba la lona a las anillas correspondientes y los deshizo.

Comenzó a mover la lona, dejando un hueco para introducirse en la piscina utilizando la escalera.

—¿Qué piensas encontrar ahí abajo?

—No lo sé. Levanta un poco la lona, pero no me duches.

Penélope le ayudó. Al poco, Jack golpeaba una especie de pared con la que acababa de toparse.

—Esto es metálico —dijo.

—¿Y qué es?

—Parece un *container*.

—¿*Container*?

Jack no contestó inmediatamente. Se internó por el fondo de la piscina y luego regresó a la escalera metálica.

—Hay dos *containers* de los que se utilizan para el transporte internacional. Habrán tenido que depositarlos en el fondo de la piscina con una grúa móvil.

—No entiendo nada.

—Es fácil. Han traído los dos *containers* en un camión grande o dos normales, no sé, y una grúa los ha depositado en el fondo de la piscina. Los han cubierto con la lona plástica de protección, no era

fácil sospechar que esos *containers* estaban dentro de la piscina que se supone llena de agua. Nosotros los hemos descubierto gracias a la gran cantidad de agua caída y que se ha embolsado sobre la lona plástica, mostrando el relieve de los *container* que son bastante altos.

—¿Quieres decir que lo que todos andamos buscando puede estar dentro de esos contenedores metálicos?

—Juraría que sí.

—¿Crees que podremos averiguar lo que contienen? —Sí, pero hay que levantar la tapa y abrir los cierres.

Penèlope buscó herramientas por toda la casa, incluso proporcionó a Jack las que éste llevaba en su automóvil para solucionar pequeñas averías. Jack terminó sentándose al borde de la piscina y declarando:

—Imposible, tiene cierres especiales. Hace falta la llave, un soplete o un explosivo para reventar la tapa y no sabiendo lo que contiene, la explosión podría ser muy grave.

—¿Qué haremos, entonces?

—Regresar a París, dejando esto como estaba.

—Lo mismo que lo hemos descubierto nosotros pueden descubrirlos otros.

—No será fácil. Pincharemos la lona con la punta de la navaja, el agua caerá dentro de la piscina y se irá por el desagüe. La lona se volverá a tensar y nadie sospechará que dentro de la piscina están esos *containers*.

—Si lo que buscan los asesinos está dentro de esos contenedores, es que se trata de algo importante.

—No me cabe duda, pero hemos de encontrar las llaves.

—¿Dónde?

—En otro escondite o en una caja fuerte, quizás.

—Esto se pone interesante, diría que apasionante.

—Hay demasiados cadáveres para que resulte aburrido.

Abandonaron el chalet de Saint-Tropez. Allí quedaba un misterio por resolver que, por el momento, no pensaban compartir con nadie. Era evidente que había gente dispuesta a matar por un misterio que la condesa de Blue Mount se había llevado a la tumba. El viaje de regreso a París no se les hizo largo; Jack se detuvo sólo lo justo para hacer frugales comidas y estirar las piernas.

Al llegar a París, con la *Tour Eiffel* como testigo, dentro del lujoso apartamento sonaba el teléfono estridentemente.

—¿Aló?

—Penélope, querida, ¿que has estado en Londres?

—Tú eres Geraldine, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Dónde has estado?

—Pues, en...

La mano de Jack le tapó la boca. Luego, ante la mirada interrogante de Penélope, el hombre le quitó el auricular de la mano.

—Hola, Geraldine.

—¡Jack!

—Preciosa, ¿cómo sigue la salud de Roland?

—Bien, bien, pero me temo que en cuanto te localice...

—¿Va a eliminarme?

—Digamos que no te tiene mucha simpatía.

—No le digas que estoy aquí porque cuando envíe a sus matones ya estaré en otra parte. Por cierto, un tipo que nos seguía se ha estrellado contra un camión.

—¿Quién era?

—No lo sé, no quiso darnos su nombre. Ah, dile a Roland que ya hemos encontrado lo que estaban buscando.

—¿Buscando, quién?

—Díselo a Roland, verás cómo lo entiende. Si quiere hacer una oferta por la mercancía, te aceptamos como intermediaria en este negocio.

—Jack, palabra que no sé de qué va el asunto.

—Pues que te lo explique Roland, estamos dispuestos a ser comprensivos.

—¿Quién eres tú en realidad?

—Digamos que en estos momentos soy el manager de Penélope, la heredera de la condesa Blue Mount. Ah, y si alguien intenta matarnos de nuevo, hablarán las pistolas. El tipo que quiso liquidarnos estuvo a punto de conseguirlo. Llevaba un pistolón con silenciador incluido, pero se le acabaron las balas y la huida no fue buena para él. Ahora debe estar en la morgue, espero que consigan identificarlo, de lo contrario se pasará mucho tiempo en el congelador.

Jack cortó la comunicación Penélope le observó, interrogante.

—¿De verdad quieres vender a los hampones lo que hay dentro de los *containers*?

CAPÍTULO XI

Totier estaba nervioso. Roland conducía rápido, adentrándose en los suburbios de París al este del Sena, cerca de la carretera N-186.

—Fíjate bien, no quiero falsificaciones —le dijo Roland.

—Si no tengo las gemas en el laboratorio, no podré valorarlas con exactitud. En los brillantes es más fácil descubrir sus impurezas, pero las esmeraldas son todo un problema.

—Afina tus ojos, Totier, no quiero fallos.

Totier se daba cuenta de la intransigencia de Roland. Se había llevado consigo un juego de lupas, un micrómetro y otros artilugios de medición, pero pese a ello no estaba muy seguro.

Después de introducirse por unos oscuros callejones, Roland se detuvo frente a la destartada puerta de un almacén. Una vez allí, hizo señales con la luz intensiva de los faros de su automóvil y aguardó.

Pasaron apenas dos minutos cuando se abrió la puerta que pese a estar destartada no hacía ruido, sus goznes debían rezumar grasa.

Introdujo el automóvil en el almacén y la puerta se cerró tras ellos. Paró el motor y luego abrió la portezuela.

—Abajo, Totier, hemos llegado.

Un hombre encapuchado les aguardaba. Vestía jersey negro y pantalones del mismo color. De su hombro colgaba una metralleta que con el codo pegaba al costado mientras mantenía su dedo listo sobre el gatillo.

—No me gusta esto —gruñó Totier—, nos pueden freír a balazos.

—No temas, a éstos no les interesa mandarnos al infierno.

El encapuchado se dirigió a ellos, siempre atento.

—Sígueme.

Les precedió hasta unas escaleras metálicas que subían a dos pisos altos de lo que antiguamente debió ser una pequeña fábrica del gremio del metal.

Descendieron por una rampa y acabaron bajando por otra angosta escalerilla de caracol. —Esto parece un laberinto— gruñó Totier, que iba cargado con su pequeño maletín de especialista.

El encapuchado, que le había oído, puntualizó:

—Hemos de protegernos. Todo esto está minado por si tratan de capturarnos. Nosotros escaparíamos, pero todo volaría y los que intentasen capturarnos quedarían sepultados entre los cascotes.

—Ya ves, Totier, toman precauciones. No corremos riesgos con nuestros amigos.

Aunque no sabía quiénes eran los encapuchados (pues se iba a encontrar con más aquella noche). Totier comprendió que no eran tipos vulgares. Eran hombres decididos a todo, le parecieron unos fanáticos y les temió.

Penetraron en una estancia carente de ventanas y en la que había dos puertas, una mesa, un armario desvencijado y seis sillas. Tres encapuchados más permanecían atentos, con sus metralletas listas; se iluminaban con dos linternas fluorescentes, ya que allí no había electricidad.

—Buenas noches —saludó Roland con desparpajo—. ¿Vamos al grano, socios?

El encapuchado que estaba en el centro de la mesa habló por la abertura que tenía en la capucha.

—¿Cuál es el valor de las joyas?

Roland movió la cabeza de un lado a otro con gesto dubitativo antes de responder.

—Un millón ciento veinticinco mil, y es mucho.

El jefe de los encapuchados, que tenía acento extranjero que él mismo distorsionaba para que no se identificara su procedencia con facilidad, silabeó:

—No hay negocio, se terminó la entrevista.

Totier miró a Roland, preocupado. Éste no le devolvió la mirada, tenía los ojos clavados en el jefe del grupo.

—Sé lo que os cuesta obtener ese botín y yo no pregunto de dónde lo sacáis.

—Antes de decir algo más —quiso puntualizar el jefe— debéis

saber que la Interpol no busca esas joyas. Se pueden vender aquí, en Londres, Madrid o New York, no hay problemas, sólo el del contrabando. Exijo dos millones o no empezamos a hablar.

—Llego a uno seiscientos, ni un franco más. Por otra parte, aquí no vamos a ver los francos ni vosotros ni yo. Yo os entrego la mercancía a cambio y la mercancía que os conviene se puede valorar en más o en menos por unidad.

—Estamos al tanto de los precios en el mercado negro internacional.

—Sí, conocéis los precios, pero no siempre se encuentra al proveedor cuando se desean comprar cinco mil unidades de un tipo, cinco mil de otro y lo necesario para que todo funcione.

—No discutamos más —cortó el encapuchado jefe con su fuerte acento extranjero de difícil identificación—. Las joyas han de cubrir el precio de la mercancía.

—Depende de las joyas —objeto Roland.

—Las diapositivas especificaban bien cuáles eran las joyas.

—A través de las diapositivas se pueden valorar muy por encima, hay que ver las gemas.

—¿Es el experto? —pregunto el jefe, mirando a Totier.

—Sí, es mi perista —asintió Roland.

El jefe hizo una seña. El hombre que tenía a su lado, también con la cabeza cubierta, se inclinó. Tomó un maletín de cuero oscuro y lo abrió.

A Totier se le agrandaron los ojos a la vista de aquellas gemas que centelleaban a la luz de las linternas fluorescentes. Rubíes, esmeraldas, brillantes, todo estaba mezclado. Muchas de las piedras estaban sueltas y otras se hallaban engarzadas, formando parte de gargantillas, anillos y broches.

—Ahí lo tienes, Totier.

Totier suspiró antes de decir:

—Inspeccionar todo esto llevará muchas horas.

El encapuchado miró interrogante a Roland. Éste, sin apartar sus ojos de aquel desconocido con el que estaba negociando al margen de la ley, dijo:

—Bastará con que analices unas cuantas. Si son buenas; no habrá problemas; las consideraremos todas buenas.

—No deja de ser un trueque —objetó el encapuchado jefe—.

Tampoco nosotros podremos probar toda la mercancía.

—Eso es cierto —admitió Roland.

Totier abrió su maletín y sacó las lupas, un pequeño microscopio de veinte aumentos, un medidor de reflexión de luz y un vaso en el que vertió un líquido.

Lo primero que hizo fue tomar uno de los brillantes y dejarlo caer en el interior del líquido que contenía el vaso. El brillante seguía refulgiendo; Totier asintió con la cabeza.

—¿Qué les parece si nos fumamos un cigarro mientras el perista analiza algunas piedras?

—Nosotros no fumamos.

—¿Y bebéis?

—No bebemos ni comemos mientras estamos frente a desconocidos.

—¿Miedo a ser narcotizados?

—Hemos de tomar precauciones, por eso vamos siempre armados.

—Bueno, a mí no me interesa quiénes seáis. Yo hago negocio con vosotros, con los que vengan y con Satanás si me lo pide.

El encapuchado jefe le dijo entonces:

—A mí me revientan los tipos como tú, las ratas de cloaca apestosas y repugnantes, aunque vistan buenos trajes y conduzcan coches lujosos, pero sé que en ocasiones no se puede prescindir de los intermediarios.

A Roland le hubiera gustado replicar algo agrio pero no se atrevió, se limitó a sonreír con suficiencia y desprecio a la vez.

Los encapuchados tenían las metralletas listas y no querían meterse en medio de una lluvia de plomo.

—¿Cuándo tendremos la mercancía?

—Pronto —respondió Roland añadiendo—: Esa mercancía no se traslada en un simple maletero de coche. Ya os avisaré para que sepáis el lugar donde podéis pasar a recogerla.

—Si se nos tiende una emboscada, no habrá lugar en todo el planeta donde puedas esconderte —amenazó el encapuchado.

—Vamos, Totier, ¿cómo está eso?

—Bien, bien, todas son auténticas hasta ahora, aunque algunas no son de la mejor calidad.

El encapuchado creyó oportuno puntualizar:

—Las habrá de mejores y las habrá de peores.

—Está bien —asintió Roland—. Las damos por buenas, pero que en el momento del trueque no falte ninguna, las tenemos catalogadas en las diapositivas.

—Nosotros cumplimos los tratos —fue la réplica.

Totier guardó sus aparatos y medidores en el maletín. Roland tendió su mano como para cerrar el trato, pero ninguno de los encapuchados se la ofreció.

Abandonaron la destartalada fábrica. Subieron al coche y abandonaron aquel lugar.

Totier comentó:

—No me gustan esos tipos, son peligrosos.

—Ya lo sé, pero las piedras valen mucho y tengo posibilidades de sacarlas bien, ya que no están catalogadas como robadas. Éste es un negocio que dará dinero.

—Lo malo será que en vez de plata proporcione plomo —gruñó Totier mientras los faros se filtraban por las calles mal iluminadas de los suburbios de la capital.

—No hay cuidado. He conocido a otros tipos como ellos y sé cómo tratarlos. Ellos necesitan la mercancía y para conseguirla, pagarían lo que fuera. Si tienen que asaltar bancos, los asaltan. Para ellos es más fácil obtener dinero que lo que piden, lo que yo sí puedo darles.

—Pues, ten cuidado y no les falles. Si no consiguen lo que les has ofrecido, te matarán.

Roland sonrió, pero sabía muy bien que lo que acababa de decir Totier era cierto. Le matarían, si no en el mismo momento, más tarde o más temprano acabaría en la morgue.

Lo que sorprendió a Roland fue lo que Geraldine casi le escupió:

—Has fallado.

—¿Fallado, en qué?

—No has matado a Jack.

—No, claro, aún no, pero si sabes donde está me lo vas a decir.

—Por lo visto, el tipo que enviaste para liquidarlo sí sabía dónde estaba.

—¿De qué tipo hablas?

—Del que ha tratado de matar a Jack y ha resultado muerto él.

Roland parpadeó, comenzó a sentirse intrigado.

—¿Quién dices que ha muerto?

—Yo no sé quién es y Jack tampoco, pero quien quiera que fuera, ya está frío.

—¿Y quién te ha dicho que está muerto?

—Jack.

—¿Cuándo te lo ha dicho, maldita zorra? —Gruñó, cogiéndola por el brazo hasta clavarle los dedos en la carne.

—Me ha llamado por teléfono, suéltame de una vez.

—Conque por teléfono... Y te ha dicho que se ha cargado a uno de mis muchachos.

—¿Quién, si no, iba a tratar de asesinarlo?

—Qué raro, yo no envié a nadie a liquidar a ese Jack, por la sencilla razón de que no sé dónde encontrarlo.

—¡Mientes!

Roland abofeteó con dureza el bello rostro de Geraldine, aquel rostro que él había babeado en sus expansiones sensuales. No le importó verla sollozar mientras buscaba en su mente una explicación lógica a lo que acababa de averiguar.

—De modo que alguien ha muerto y ese entrometido cree que al muerto lo había enviado yo... Dime, Geraldine. ¿Jack estaba con la inglesita?

La chica no deseaba responder, pero ante la amenaza de otro golpe asintió, sollozando.

—Sí, estaba con ella.

—Entonces, el muerto ha de ser

Hert-Hert...

Sí,

Hert-Hert,

que debía estar ya muy cerca del alijo que la zorra de la condesa de Blue Mount nos robó. Verás, Geraldine... —Se volvió hacia ella con el dedo índice diestro en alto, con un gesto de advertencia y amenaza—, vas a oírme muy atentamente y harás todo lo que te voy a decir. Si fallas, alguien se encargará de que seas vendida en un mercado de esclavas en Oriente Medio.

—No serás capaz de meterme en la cadena de trata de blancas.

—Ya lo creo que sí, encanto, ya lo creo que sí. Tengo amigos que se encargarían de ese asunto con mucho placer.

Geraldine clavó sus ojos enrojecidos y todavía húmedos de

llanto en el rostro de aquel desalmado que la había poseído en la cama tantas veces como había deseado; sólo con verle comprendió que no bromeaba.

CAPÍTULO XII

El abogado Norton se había presentado en el apartamento de Penèlope y no le gustó nada encontrarse con Jack dentro de él.

Miró al joven, muy receloso; luego observó interrogante a la joven y ésta les presentó.

—Jack, un amigo. El abogado Norton.

—Celebro conocerle —dijo el inglés, flemático. Carraspeó ligeramente y añadió—. Tenía que hablarte, Penèlope, es asumo reservado.

—Puede hablar delante de Jack, es un amigo de confianza.

El abogado Norton torció aún más su gesto; era evidente que no le agradaba la presencia del que consideraba un intruso.

—Es que se trata de la herencia.

—Sí, sí, no importa —insistió la joven.

Jack, sin darse por aludido, se sentó en una butaca cruzando las piernas con indolencia, como demostrándole que en aquel lujoso apartamento que perteneciera a la condesa de Blue Mount se sentía como en su propia casa.

—Está bien, como desees —suspiro. —El juez ha dado orden de que tomes posesión de la herencia, claro que habrá que satisfacer unos impuestos al estado francés por el legado que la condesa ha dejado en este país.

—¿Y cómo sabrán lo que he de pagar?

—No te preocupes, habrá un inspector de hacienda presente en el momento de levantar las cuentas bancarias y abrir la caja de seguridad.

—No se fían, ¿eh?

—Me temo que no.

Penèlope miró primero a Jack y luego al abogado Norton al que preguntó:

—¿Cuándo podré ver lo que contiene la caja de seguridad?

—Dentro de una hora y diez minutos y allá nos estará esperando el inspector de hacienda.

—No me gustan esa clase de aguiluchos, pero ¡qué remedio! Jack...

—¿Sí?

—¿Qué vestido crees que debo ponerme?

—Algo llamativo, aunque me temo que esa clase de aguiluchos, como tú les llamas, no se mueren por el sexo. Tienen otros vicios, como comprarse calculadoras japonesas.

El abogado, mordiente, creyó oportuno puntualizar:

—Creo que la situación es más seria que provocar a un inspector de hacienda del gobierno francés.

—Era una broma, Norton, tendría que pegársele algo del ambiente de París.

—He tenido que pasarme mucho tiempo en los despachos de los Ministerios de Justicia, Hacienda y en la Policía Judicial; no me ha quedado tiempo para ir a divertirme como cualquier turista que llega a París.

—Voy a cambiarme de ropa —dijo Penèlope, dejándoles solos.

El abogado inglés no se sentó, dio vueltas por la sala como buscando algo y al fin preguntó:

—¿Dice que se llama Jack?

—Eso es, me llamo Jack.

—¿Jack qué más?

—¿Va a interrogarme?

—No, no pretendía tal cosa, pero... Yo protejo los intereses de *miss* Penèlope.

—Ah, muy bien, siga protegiéndolos.

—¿Se conocían antes?

—¿No ha dicho que no iba a interrogarme?

—Sí, claro, disculpe.

Jack le había ido cortando posibilidades. El abogado Norton se mostraba intrigado y receloso, era obvio que no simpatizaba con el joven.

Penèlope reapareció vestida con un complet de color fucsia fuerte, zapatos de tacón muy alto y el cabello suelto. Tomó un impermeable rojo y mirando a los dos hombres inquirió:

—¿Estoy bien?

—Vas a detener a los coches por la calle, pareces un semáforo en rojo —dijo Jack; luego miró a Norton para ver qué respondía el abogado.

—Demasiado llamativo —opinó éste, lacónico.

—Magnífico —aplaudió ella, como una niña con su primer vestido largo.

—Has cambiado mucho desde que llegamos a París —volvió a opinar Norton, como lamentándose.

—Sí, París cambia muchas cosas.

Ahora mordaz, el abogado inquirió:

—¿Y Jack ha sido el cicerone?

—Sí, Jack es un magnífico cicerone para adentrarse en la felicidad.

El inglés clavó sus ojos en Jack; era una mirada dura, una mirada que desafiaba. Jack no pareció afectarse y preguntó:

—¿Dónde quieres que volvamos a encontrarnos, Penèlope?

—Acompáñame.

—¿Al Banco?

—Sí.

El abogado iba a protestar con vehemencia cuando vio que la muchacha se colgaba del brazo del joven, lo que daba a entender cuáles eran sus intenciones, y prefirió callarse.

Efectivamente el inspector de Hacienda esperaba en el propio despacho del director del Banco donde Penèlope tuvo que firmar diversos documentos, ya que ella pasaba a ser la titular de las cuentas y la caja de seguridad.

El inspector de Hacienda, en silencio, iba revisando documentos y tomando notas. —Tome, ésta es su tarjeta magnética y su llave de la caja de seguridad. Yo mismo la acompañaré a la bóveda de las cajas de seguridad— dijo el director del Banco.

La comitiva se puso en marcha.

Tras descender en un ascensor de seguridad, pasaron a un corredor donde tuvieron que identificarse y cruzar dos puertas enrejadas.

Se abrió una puerta acorazada y se internaron en una salita que tenía un enrejado que les separaba de las cajas de seguridad. Un empleado separó una caja de seguridad del resto y la trasladó a la mesa donde los clientes podían manipular en sus respectivas cajas

sin que nadie les estorbara, pero en aquella ocasión la caja de seguridad se abrió de forma pública.

—Puedes abrirla —dijo el abogado Norton.

Con cierto nerviosismo, la muchacha introdujo la llave y abrió la caja que heredaba. Quedaron a la vista unos documentos enrollados y sujetos por un lazo, también unos estuches con algunas joyas y cuatro llaves distintas.

Jack clavó sus ojos oscuros en ellas. Penèlope se dio cuenta, tomó las llaves y alargándoselas a Jack delante de los demás, le pidió:

—Guárdamelas.

El abogado Norton se sintió humillado y molesto.

El inspector de Hacienda continuó tomando notas.

—¿Todo bien? —preguntó Penèlope al funcionario.

—Sí, *mademoiselle*, todo correcto.

Norton dijo:

—Pues llevarte las joyas si lo deseas.

—No, no quiero, lo dejo todo como está.

—Todo, no, faltan las llaves —objetó el abogado Norton—. Ah, sí, las llaves; Jack me las guardará.

—Parece como si supieras de donde son.

—Deben ser de algún bureau que hay en el apartamento. —Habrá que comprobarlo—. Por favor Norton, no se ponga pesado. No soy ninguna niña desamparada, soy una mujer que sabe lo que hace y lo que quiere y que hasta tiene derecho al voto.

CAPÍTULO XIII

—¿Crees que serán las llaves de los *containers*? —preguntó Penélope cuando ya circulaban por la ciudad, a bordo del automóvil de Jack.

—Juraría que sí, pero habrá que comprobarlo.

—¿Habrá que viajar de nuevo hasta Saint Tropez?

—Sería conveniente, pero no de inmediato porque nos seguirían.

—¿Quiénes?

—Los asesinos de tu tía. Por cierto, ahora eres una mujer rica.

—No estoy segura.

—Puedes estarlo, ya tienes todos los documentos en tu poder. Apartamento, chalet, parcela, joyas... ¿Qué más deseas?

—No sé. Luchas en tu trabajo para obtener un salario que te permita sobrevivir y ahora, de golpe, me encuentro con una fortuna.

—Y Rolls-Royce incluido.

—Y chófer chino, menos mal que no renové su contrato de trabajo.

—¿Qué harás con el Rolls?

—Venderlo, es un coche demasiado suntuoso y no quiero llamar la atención por la calle. Quiero tener un buen coche, sí, pero que no provoque odios ni envidias.

—Apruebo tu forma de ser. Todos podemos ser delincuentes en potencia si nos provocan para serio y además nos facilitan los medios.

—Estoy intrigada por lo que pueda haber dentro de los *containers*.

—Son varias toneladas de peso, no creo que se los lleve nadie.

—El abogado Norton se ha enfadado mucho.

—Había dinero y bienes materiales que manejar; supongo que querría agenciarse una parte de esos bienes.

—Yo confío en él.

—¿De cuándo lo conocías?

—Desde que me notificaron el asesinato de tía Katherine.

—Bien, mejor que se vuelva a Londres, aquí ya no tiene nada que hacer.

—Prefiero que lleve mis asuntos económicos, no quiero sentirme perdida.

—No te dejes arrastrar por el dinero. Crees que estás colocada en un fuerte pendiente mojada por aceite y puedes resbalar.

—¿Y al final de la pendiente qué puedo encontrar, si resbalo?

—Una jauría de perros cimarrones que son peores que los lobos.

Estacionó el coche junto al Sena y, caminando, se dirigieron a Notre Dame.

Jack pagó el derecho a subir a lo alto de la catedral y comenzaron a ascender por los peldaños en un día frío y gris.

No llovía, pero no había turistas en aquellos momentos.

En lo alto, junto al diablo de piedra de expresión hermética que miraba hacia la gran plaza como si el mismísimo Quasimodo estuviera allí, a su lado, Penélope opinó:

Qué frío hace aquí.

Una figura humana envuelta en pieles, incluida la cabeza, se les acercó.

—Geraldine...

—Vaya lugar para citarse —protestó la danzarina del club «Aeropuerto».

Jack replicó:

—Aquí, si hay alguien escuchando, se descubre en seguida.

—Y si quieren matarte, no tienes escapatoria —se quejó Geraldine, mirando con recelo hacia la puerta que daba acceso a la terraza que había en lo alto del templo.

—Ese hombre llamado Roland, ¿qué es lo que quiere? —preguntó Penélope.

—La mercancía.

—Pero ¿qué mercancía? —insistió la inglesa.

—Yo no sé nada, lo juro, no sé nada, pero Roland es capaz de matarme a mí también y yo no quiero morir.

—¿Le has visto asesinar a alguien? —preguntó Jack.

—No, no lo he visto, pero cuando él dice que alguien le molesta,

esa persona aparece asesinada en alguna parte. El mató a Ber.

—¿Ber fue el asesino de tía Katherine, quiero decir de la condesa de Blue Mount? —Sí, todos pertenecen al mismo gang y no dudan en matarse entre ellos. Son fieras, no respetan nada. Lo que yo quiero es un billete para algún lugar desconocido donde no puedan encontrarme.

—Tú eres la amante de Roland, ¿verdad? —preguntó Jack.

—Ya no sé si lo soy. Desde hace unos días sólo recibo golpes.

—¿Te pega físicamente? —se sorprendió Penélope.

—Sí, si me quitara el espeso maquillaje de la cara verías los moretones.

Geraldine hizo intención de limpiarse el maquillaje, pero Jack la contuvo.

—Te creemos.

—¿Tan canalla es ese Roland? —preguntó Penélope, impresionada.

Geraldine dijo:

—Lo mío es lo que menos importa.

—¿Y si le denunciáramos a la policía? —volvió a preguntar Penélope.

—El iría a la cárcel, pero es muy difícil probar nada, son sus pistoleros quienes asesinan y mientras él estuviera en prisión, sus sicarios nos matarían. —¿A cuántos pistoleros paga?— quiso saber Jack, interesado.

—No lo sé —confesó Geraldine—. Hay tipos malcarados, tipos que salen de los suburbios o vienen de Marsella, aparecen y desaparecen. Algunos mueren, otros sé que están en la cárcel. Aunque se ríe con frecuencia, no hay que fiarse; es muy peligroso, mientras suelta una carcajada dicen que puede matar. —¿Tú lo has visto?— insistió Penélope.

—No, no lo he visto y no quisiera tener que pasar el trago de tener que presenciarlo y mucho menos siendo yo la víctima. Sé que soy egoísta, pero sólo tengo una vida, una vida miserable si se quiere, pero es la mía.

—Te comprendemos —dijo Jack—. Roland te ha pedido que me busques, ¿verdad?

—Sí.

—Le dirás que te he seguido y que nos hemos visto, le

propondrás una oferta.

—¿Cuál?

—Un millón por lo que hay en los *containers*.

—¿Un millón por lo que hay en los *containers*? —repitió Geraldine—. ¿Y qué hay en ellos?

—No te preocupes por eso. Cuanto menos sepas, menos peligrará tu vida. El ya sabe lo que contienen.

Geraldine quedó un instante pensativa y con gesto preocupado. Su rostro apenas se veía, rodeado por el pelo largo del abrigo de pieles y el enorme gorro que parecía mongol. Al fin, volvió a abrir la boca para preguntar:

—¿Y si no acepta?

—Dile que hay otros que sí lo van a desear.

—Roland cree que eres un chantajista.

—Que piense lo que quiera. Si él es un lobo del asfalto, que no crea que es el único.

Geraldine creyó oportuno puntualizar:

—No es un lobo, es un perro mal parido.

—¿No correrás peligro? —preguntó Penélope, que la mayor parte del tiempo había permanecido callada.

—Mi suerte ya está echada. No sé cuál será el final, pero confieso que tengo miedo.

Jack le dijo entonces:

—Te llamaré al camerino del «Aeropuerto» para conocer la respuesta de Roland.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Estaré esperando.

Se levantó de puntillas y cogiendo al hombre por la nuca con su diestra, lo besó en la boca.

Penélope los observó, el espacio de separación entre ambos era muy pequeño. Sintió un alfilerazo de celos que a sí misma se reprochó, tuvo pena de aquella mujer.

—Querida —le dijo Geraldine—, si puedes meterlo en la cama, que no se te escape; a simple vista se ve que es un tipo que vale.

La vieron desaparecer por la angosta puerta que conducía a los peldaños de piedra de la escalera de caracol de difícil acceso. El frío seguía siendo intenso y el sol luchaba por abrirse un hueco en el

cielo grisáceo.

—¿La matarán?

—No lo sé; el destino es cruel a veces.

—¿Crees que Roland te dará el millón de francos por lo que pueda haber en los *containers* que están en el chalet de Saint Tropez?

—No lo sé, me he tirado un farol. He pedido un millón como podía haber pedido diez. Hasta que no levantemos la tapa de los *containers* no conoceremos su valor y hasta qué punto puede interesar a los hampones.

—Un millón de francos es una cantidad muy fuerte; es posible que jamás la haya visto junta.

—Quizás, pero veremos como reacciona antes de seguir adelante.

—¿Y si no quiere, como ha dicho Geraldine?

—Aunque no tenga el dinero, dirá que sí, para no perder su oportunidad.

CAPÍTULO XIV

—Ya decía yo que ese Jack era un bastardo chantajista — masculló Roland.

Geraldine, que le conocía bien, se daba cuenta de que el malhumor que Roland expresaba era el iceberg de una tormenta que se había desatado dentro de él, una tormenta que diluviaría sangre cuando tuviera la oportunidad de darle rienda suelta.

—Ya te dije que Jack era un tipo muy listo —dijo Geraldine, sin alzar la voz para no irritarle más.

Se mantenía a cierta distancia por si un puño del hampón se escapaba, no fuera a darle a ella en la cara.

—Sí, muy listo. —Anduvo por el despacho con grandes zancadas, como un lince enjaulado—. Muy listo y, por tu culpa, se metió en mis asuntos.

—Jack me tendió una trampa. Si tú me hubieras dicho quién era exactamente el contacto, yo no habría subido a su coche.

—No me repitas esa historia, que te patearía.

De los gruñidos pasó a una risa sarcástica, una risa lenta que sonaba como rota, una risa que apenas podía escapar por entre sus labios casi cerrados. Era una risa gutural que no presagiaba nada bueno.

—Y pide un millón, un millón de francos... Maldito, podía haber pedido un millón de liras.

Está bien, está bien, se lo daremos.

—Geraldine parpadeó, incrédula.

—¿De veras se lo vas a dar?

—Claro, qué remedio. La mercancía vale mucho más. Lo que no sé es cómo ha podido encontrarla tan pronto con el volumen y el peso que tiene.

—¿Tanto pesa esa mercancía?

—Más de quince toneladas.

—¿Y qué clase de mercancía es, que pesa tanto?

—No hagas preguntas que pueden llevarte a la morgue, querida. Le dirás a ese bastardo que acepto el trato, pero ha de ser muy rápido, tengo la mercancía vendida ya. Si no la entrego, el cacao de la batalla de Verdún no será nada comparado con lo que va a pasar; esto no es un juego.

—¿Lo matarás?

—Mientras no obtenga la mercancía, no, seguro que no. Cometer dos veces el mismo error sería una torpeza imperdonable. Nos cargamos a la condesa de Blue Mount porque la muy zorra nos hizo creer que se había desprendido de la mercancía. Sabía mentir mejor que la zorra más zorra entre las zorras... La holandesa, Mata Hari habría quedado pálida a su lado si hubiesen tenido que operar juntas. Supo enriquecerse con la misma facilidad que los fabricantes de armas. Tenía negocios conmigo, pero no desdenaba nada. En fin, ya está muerta y de ella no va a quedar nada para la historia.

—¿Qué quieres decir con eso de que no va a quedar nada para la historia?

—Pierre le puso medio kilo de goma-2 dentro del ataúd con un aparatito de relojería hongkonés. Si no ha fallado, dentro de la caja sólo hay papilla. Qué bueno, podría anunciarse como papilla para perros...

—Pero, pero ¿por qué, por qué esa brutalidad con un cadáver?

—Se horripiló Geraldine.

—Querida, cuando se hace una venganza, se llega hasta el final.

—Es monstruoso.

Roland se rió sarcástico pero con más ganas.

—¿Sabías que la condesa creía en espíritus, reencarnaciones y otras puñetas de ésas?

No le iba a dejar las cosas fáciles para que regresara de ultratumba.

—Eso quiere decir que tú también crees en el espiritismo.

—¿Yo? No digas idioteces, yo no creo en nada, sólo que tenía que reventarla hasta el final. Cuando hago algo, lo hago bien y si tú me haces una jugada sucia, te voy a preparar algo especial.

—¿A mí? —Se asustó la bella danzarina del club «Aeropuerto».

—Sí, hay un par de perros que pesan ochenta kilos cada uno más que perros parecen caballos. Troceándote y metiéndote en un

frigorífico, servirías para alimentarlos durante días. Pobrecita Geraldine, al final quedarías transformada en mierda de perro, porque esas fieras se comen hasta los huesos. —Eres el peor de los monstruos, Roland.

—Será mejor que lo sigas pensando, no te conviene olvidarlo. Ahora, hablemos de ese Jack y del encuentro con él.

—Ha dicho que me llamaría por teléfono.

—Pues te vas a pegar al teléfono, este asunto hay que resolverlo cuanto antes. Te va la vida en ello, querida. Si quieres, te presento a los perritos para que los veas y te des cuenta de lo que te puede ocurrir.

—Te odio, te odio.

—El odio sólo sirve para cometer torpezas, te quiero con la cabeza fría.

—Al final, alguien le dará tu merecido.

—Eso me dijeron cuando era un chico. No voy a negar que he recibido algunos golpes, pero he encajado, lo importante es encajar bien. Para vivir en este mundillo en el que está metida más gente de la que muchos suponen, hay que saber golpear y encajar a la par. Los tipos como yo somos los mejores, porque damos la cara; en cambio, hay otros que exigen desde las sombras y se llevan la mejor tajada del pastel. Si me golpean, aguanto, pero luego replico fuerte. Soy duro, porque si no lo fuera, ya me habrían aplastado.

Mientras escuchaba a Roland, la joven se calmaba. Roland no hablaba en vano, cuando lanzaba amenazas las cumplía, pero en aquellos momentos lo que parecía hacer era disculpar su actuación con arrogancia.

Dentro del mundo del hampa había escalado un puesto que él juzgaba importante y su objetivo era ser más fuerte, más poderoso cada vez. Llenar sus cajas de caudales con millones que luego utilizaría para lavar su mal nombre, como habían hecho tantos y tantos antes que él.

—A Jack no conseguirás aplastarlo.

—¿Es que quieres provocar un desafío entre ambos? —preguntó despreciativo, con el tono del que se considera superior a su posible competidor.

—No me gustan los desafíos, pero sé que él te aplastará.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó, entre sarcástico y burlón.

—Porque es más inteligente que tú.

—¿Ah, sí, y qué más?

—Tiene la mente fría como tú exiges. Jack no odia, está tranquilo, por eso murió Hert-Hert pese a que iba armado.

—Yo no soy

Hert-Hert,

hay una gran diferencia entre ambos y, la verdad, ahora tengo muchas ganas de conocer a ese Jack. Cuando lo tenga a tiro, no lo eliminaré en seguida, quiero ver si es tan inteligente como tú crees, ya habrá tiempo para enviarlo al infierno. Ahora, ya hemos hablado bastante. Colocaré una grabadora en el teléfono, así me enteraré de lo que dice y tú no le adviertas de nada. Te conviene jugar con una sola baraja por la sencilla razón de que yo soy el ganador y ese Jack es el perdedor, aunque me hables bien de él para irritarme. Geraldine tuvo que ver como Roland conectaba una grabadora que ella tenía que poner en marcha en el mismo momento de producirse la comunicación telefónica.

—No te moverás del camerino hasta que él llame.

—¿Y comer?

—Ya haré que te traigan algo si te metes en el aseo, pide a una de las chicas que cuide del teléfono hasta que tú vuelvas al camerino. Si me has mentido, vas a pasarlo mal.

—No he mentido. Te he dicho que él me llamará y Jack cumple su palabra.

—Hablas como si te hubieras enamorado de ese tipo.

—¿Y por qué no podría enamorarme de él?

—Porque tú eres una zorra que no puede enamorarse de nadie, te da igual el tipo que se te ponga encima.

Geraldine prefirió no responder a aquella ofensa que la hería profundamente.

Ya no sabía si era odio lo que sentía por Roland; sólo sabía que el día que le viera muerto respiraría con alivio pese a que se daba cuenta de que Roland no era un personaje único, como él había otros, quizás demasiados. Y si algunos no llegaban a su categoría criminal es porque aún eran más cobardes que él.

El timbrazo, todo el día esperado, la sobresaltó.

Su reacción inmediata no fue descolgar el auricular sino mirar el teléfono como si fuera un artefacto extraño, algo desconocido que

había caído sobre su tocador de forma inexplicable.

Al tercer timbrazo tomó conciencia de lo que tenía que hacer. Pulsó con los dedos la grabadora y descolgó el auricular.

—Aló, aquí Geraldine.

—Oye, encanto, ¿qué ha decidido Roland?

—¡Jack! —exclamó, como primera reacción. Antes de que él hablara, añadió—: Sí, sí, va a pagar el millón.

CAPÍTULO XV

Sin dejar de conducir, Jack le mostró el pequeño artilugio que poseía un imán que por simple presión se adhería a cuerpos metálicos con gran cantidad de hierro.

—¿Qué es?

—Un microemisor automático de señales. Lo habían pegado a mi coche.

—¿Para qué?

—Para poder seguirme.

—¿Y quién lo puso?

—Supongo que el tipo que quiso matarme en Saint-Tropez.

Jack abrió la ventanilla y arrojó el ingenio electrónico lejos del arcén de la autopista por la que circulaban a gran velocidad.

La Costa Azul estaba frente a ellos pero todavía lejos. Los neumáticos tenían que girar aún muchas más veces.

El viaje no resultó largo a Penèlope, se había habituado a aquella ruta.

Sus vivencias de Londres, su tierra natal, quedaban muy lejanas, se había adaptado a aquella nueva vida quizás porque se llevaba muy bien con Jack del que prácticamente no se había separado.

El hombre continuaba siendo un desconocido, en realidad no sabía nada de él, pero cuando reflexionaba sobre ello sé decía que no tenía importancia alguna.

En aquellos momentos, pensar demasiado la asustaba. La muerte estaba demasiado cerca de ellos.

Su vida en Londres había sido tan sencilla, tan lineal, tan monótona y aburrida pese a sus tardes y noches de discoteca, que ahora no comprendía cómo se había adaptado tan bien a aquella vorágine.

Era como vivir un film de aventuras. Ella, una simple secretaria, ahora poseía lujos, un apartamento impresionante en París, un

chalet confortable en la Costa Azul, un RollsRoyce y una mercancía que ignoraba qué era en realidad pero que estaba muy codiciada por los peores asesinos del hampa francesa y quizás del hampa internacional.

—¿Qué piensas?

—No sé —respondió Penélope, encogiéndose de hombros, mirando el cielo nítidamente azul. Se hallaban ya cerca del Mediterráneo—. Ha de ser hermoso morir así.

—¿Morir, cómo?

—Bajo el sol, con tanta luz, frente a un cielo azul, de cara al mar, pero tendría que ser rápido, sin dolor.

—¿Deseas morir?

—No, pero creo que una muerte rápida en un momento feliz no ha de ser tan tenebrosa. No sé cómo explicarlo, pero me aterra la idea de morir con una agonía larga en una cama de hospital.

—Te comprendo, pero no pienses ahora en la muerte, la vida está delante.

—¿De veras crees que te pagarán un millón?

—No, no soy tan iluso; además, mi codicia no llega lejos.

—¿Cuál es tu principal vicio?

—Amar la vida sin miedo a la muerte.

—Eso no es un vicio.

—¿Qué quieres que te diga, que lo son las mujeres?

Se acercó más a él mientras el hombre conducía a gran velocidad y le dio un beso en la oreja.

—Por tu forma de amar, no cabe duda de que eres un experto. ¿A cuántas mujeres has amado?

—No hagas preguntas cuando esperas respuestas que te van a molestar.

Arribaron al fin a las afueras de Saint-Tropez donde se ubicaba el chalet que Penélope heredara de su tía.

Dejaron el automóvil en el jardín, listo para salir, y cerca el uno del otro, se dirigieron hacia la puerta, una puerta que sabían que tenía la cerradura rota.

—No debías haber venido —rezongó Jack.

—¿Por qué?

—Hay peligro.

—Hombre, tú eres Jack.

La pareja quedó muy sorprendida al descubrir a Roland dentro del chalet, encañonándoles con una pistola de grueso calibre sin silenciador.

Unos pasos más atrás del hampón estaba Geraldine, sentada en una butaca con el rostro muy estirado; no estaban solos, porque a derecha e izquierda había sendos individuos, dos pistoleros armados a su vez.

—No es posible... —se asombró Penélope—. ¿Cómo han podido llegar antes?

—Muy fácil —respondió Roland—, para eso están inventados los aviones. No ha hecho falta subirse a un Concorde, ha bastado un reactor de línea regular París-Marsella; después, un buen coche y aquí estamos.

—¿Y las armas? —preguntó Jack—. No las dejan subir en los aviones.

—En Marsella tengo amigos, les he telefoneado desde París para que al llegar lo tuviéramos todo a punto.

—Sin embargo, la cita no era aquí —le objetó Jack.

—Sí, no era aquí sino en Niza, pero se me ocurrió investigar en qué lugar había muerto

Hert-Hert.

Averigüé que había sido muy cerca de Saint Tropez. Yo sabía que la zorra de la condesa de Blue Mount tenía un chalet aquí, por lo que até cabos y se me ocurrió lo de venir en avión. —Rió, satisfecho de su triunfo—. Y Geraldine que había llegado a creer que tú eras más listo que yo, pobrecita, qué decepción. Tu amigo no es tan listo como creías, encanto, se ha metido en la trampa él solito. Ahora, ¿dónde está la mercancía? Os advierto que no voy a tolerar resistencias. Te doy cinco segundos para que hables; si no lo haces, le meto un plomo a la chica en las tripas. Será un disparo algo oblicuo para que la agonía se prolongue, así podrás verla sufrir.

—¡Jack! —Casi gritó Geraldine—. Díselo, díselo, es capaz de hacer lo que dice, es un monstruo.

—No hace falta que empieces a contar —le dijo Jack a Roland con mucha frialdad—. Has ganado. Penélope, dale las llaves.

La joven dudó un instante. Luego, de su bolsito de piel sacó unas llaves que entregó a Roland. Éste se mantenía siempre atento con su arma para no dejarse sorprender.

—¿Son de los *containers*?

—Sí —asintió Penèlope.

—¿Y dónde están, preciosa?

—Dentro de la piscina; bajo la lona protectora.

—¡Diablos! —No pudo por menos de exclamar el hampón—. La zorra de la condesa fue ingeniosa. Ahora, os vamos a cachear.

Penèlope protestó:

—¡No me toquen!

—¿Qué te pasa, nena, sólo dejás que te sobe el guapo de Jack?

—No lleva armas y yo tampoco. No somos profesionales, sólo aficionados.

—Conque aficionados, ¿eh? ¿Te das cuenta, Geraldine? Son un par de pipiolos que han querido jugar a lobos del hampa. Vosotros dos, tomad las llaves y abrid los *containers*, vigilaremos desde la ventana del salón.

Roland fue obedecido por sus dos pistoleros, uno de los cuales era Pierre.

Desde la ventana del salón pudieron ver como los dos hombres quitaban la lona protectora a la piscina por completo apareciendo los dos *cortainers* metálicos pintados de gris. Las llaves sirvieron para abrir los cierres.

—Tanto que nos costó la otra vez, ¿verdad, Penélope? Y no conseguimos abrirlos.

—¿Estaban las llaves en el Banco? —preguntó Roland, como conociendo la respuesta de antemano.

Al ser abierto uno de los *containers* aparecieron cajas de madera. Penélope preguntó:

—¿Qué contiene?

—¿Aún no lo sabéis?

—No —dijo la chica.

—Armas, encanto, pistolas y metralletas cortas, miles de pistolas y metralletas que pueden pasar desapercibidas debajo de un gabán o en el interior de una modesta bolsa de deporte. Ah, y una buena cantidad de municiones, son armas listas para disparar.

—¿Por quién? —quiso saber Jack.

—Eso no importa. Terroristas, gangsters; piratas, revolucionarios... Me da igual, mientras paguen. Ellos hacen sus recolectas entre sus adeptos o roban. En esta ocasión, me pagarán

con un alijo de piedras preciosas que tienen un valor de más de cinco veces superior al precio de este cargamento de armas. Luego, me dedicaré a venderlas, lo que no me será difícil con los contactos que poseo. Me embolsaré unos millones de francos, así es como se hacen los buenos negocios.

—Pues sí que es un fastidio que el negocio se estropee.

—¿Qué dices? El negocio no se va a estropear.

—Yo creo que sí —insistió Jack—. Como soy un aficionado que no me dedico a esta clase de negocios sucios, me puse en contacto con la Policía Judicial. Les conté lo que me dijo Geraldine y así supieron quién había matado al asesino de la condesa de Blue Mount. Despreciativo, Roland replicó:

—No te hagas el listo.

—Como quieras pero te diré más. La policía agradeció mi colaboración y me pidió que os siguiera el juego. Como sabían bien quién eras, Roland, te han estado siguiendo y supongo que vendrán hasta aquí. Los de la policía tienen montada su organización mucho mejor que tú, no lo dudes.

—¿Te das cuenta, Geraldine? Además de imbécil, se cree que me voy a tragar semejante farol.

—Pues, será mejor que te lo tragues, porque los policías ya están ahí —dijo, señalando hacia la ventana.

—¿Cómo?

Jack aprovechó para darle un fortísimo codazo al tiempo que se ladeaba. Por acción refleja. Roland disparó contra el cristal de la ventana que se hizo pedazos.

En vez de amilanarse, Jack siguió golpeándole y así le sujetó la mano armada. Una vez derribado Roland y retorciéndole la mano, logró desarmarlo, pero él disparó antes. Geraldine estaba cerca y gritó de dolor.

—¡Todo el mundo quieto! —ordenó el jefe de la policía que entró en el chalet seguido de casi una docena de gendarmes armados con metralletas.

—Aquí tienen a Roland. —Les dijo Jack. Miró a Geraldine y le preguntó—: ¿Duele?

Ella se tocó el muslo herido. Bufó.

—Sí, duele pero más dolerá si la cirugía plástica no consigue borrarle la cicatriz.

Roland se había puesto rojo de rabia mientras le esposaban las manos a la espalda.

—¡Bastardos, os mataré, juro que os mataré!

—No teman, éste ya no va a matar ni pajaritos —les dijo el jefe de la policía mientras aparecían los otros dos pistoleros esposados.

—Para ser unos aficionados no lo hacemos mal del todo, ¿verdad, Penélope?

—No, amor, nada mal y ahora, ¿qué sigue?

—Pues, como en las películas yanquis, un beso entre los protagonistas que en este paso somos tú y yo.

La estrechó por la cintura, besándola largamente en los labios.

—Jack, Jack...

—¿Qué?

—¿Y la herencia de tía Katherine?

—Si no te importa vivir con las ganancias de un vendedor y comprador de material de oficina usado, existen centros de beneficencia para niños, a cualquiera de ellos le vendría bien una inyección de pasta gansa.

—De acuerdo, Jack, no me importa vivir con lo que tú ganes. Vuelve a besarme, por favor.

—Cámara, acción, el plano del beso se repite... —bromeó Jack como si les estuvieran filmando. Y volvió a besar largamente a su pareja.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

